

BUEN HUMOR



- ¿Sabes lo que pescó ayer Toribio en el agua?
- ¿Algún salmonete?
- No, chica. Pescó un enfriamiento.

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ahl Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En la Comisaria.

— Hable usted.

— Verá el señor comisario. Los presentes nos habíamos citado en una taberna, y...

— Bueno; pero los guardias dicen que usted ha faltado.

— No es verdad. Yo he sido el primero en acudir a la cita.

TOMÁS DÍAZ DE NEIRA.

En el tribunal.

— En fin — exclama el presidente —, ha sido usted sorprendido fracturando la caja de un establecimiento de crédito.

— Señor, era para colmar el deseo de mi difunta madre, que soñó siempre con verme entrar en una casa de banca.

FERNANDO MARTÍN. — Madrid.

En la playa.

EL PRETENDIENTE. — ¿Se divierte usted mucho?

LA PRETENDIDA. — Yo, sí. ¿Y usted?...

EL PRETENDIENTE. — Yo, la mar..., ¡salada!

LOS FRAÍCOS. — Valencia.

En una fotografía.

— ¿Cuánto me llevaría usted por hacer una fotografía a mis niños?

— Siete pesetas la media docena.

— Entonces, volveré, porque todavía no tengo más que cinco.

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

— ¿Qué hortaliza se parece al carbón de piedra?

— Las acelgas, porque el carbón de piedra hace-l-gas.

FERNANDO MARTÍN. — Madrid.

¡Esos boticarios!...

EL DOCTOR. — ¡Estoy consternado! Acaba de morirse un enfermo de la manera más incomprensible.

EL AMIGO. — ¿De resultas de la enfermedad?

EL DOCTOR. — No; del medicamento. Le receté baños de mar, y se ha ahogado.

FRASQUITO. — León.

— Tengo un sobrino tan listo, que a los ocho años ya estaba en una oficina.

— Eso no es nada. Yo tengo un hijo que a los cuatro estaba en un banco.

— No es posible. ¿Qué hacía a esa edad en un Banco?

— Pues sentado el pobrecito, esperando la hora de comer.

JESÚS LEDO. — Madrid.

Al ingresar en el hospital militar.

EL CAPITÁN MÉDICO. — ¿Dónde prestabas tus servicios?

EL SOLDADO. — En la primera del segundo del tercer regimiento de la cuarta región; soy de la quinta del seis...

EL CAPITÁN. — No sigas, muchacho, eso es una charada.

E. NOÑIZ. — Madrid.

En una clase de cálculo mercantil, y dándose la lección de monedas, pregunta el profesor a un alumno:

— ¿Qué es talla?

EL MUCHACHO (sin titubear). — Una bomba de dinamita.

LOS DOS SATURIOS. — Santa Cruz de Tenerife.

— ¿Qué informes tiene usted?

— Los cinco años que he servido en casa de la marquesa de Montellano sin el menor motivo de queja.

— Y ¿por qué se ha salido usted?

— Porque no me dejaban salir.

CANDELITO. — Madrid.

— ¿El colmo de un moro adicto a España?

— Abandonar su casa para meterse en la mía.

SANZ. — Melilla.

El premio del número anterior ha correspondido a **Jesús Ledo, de Madrid.**

En estos días es cuando más indicado está el uso

de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de septiembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo noviembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de octubre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de septiembre, insertos en esta página. A los suscriptores

de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 15 de octubre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

1. — ¿Cómo ha de ser una dama para que guste al ex ministro Sr. Aparicio?

¿Quién te quiere a
ti, pichón?...

Sociedad

ANÓNIMA

2. — Un paseo. (No hagan ustedes caso de las haches.)

M E D N O T A I D A

U (Esta U debe ser
una K.)

Mandar cantar a un moro

CLAVEL EN LA BOCA

España de gratis exenta SUR

NO, DIOSA

Para la corres CIENO
NORTE pondencia

4. — Nougues.

3. — Lo que se debe buscar para transigir.

$$X = \frac{a}{2} \sqrt{1 + \frac{2}{\sqrt{5}}}$$

D

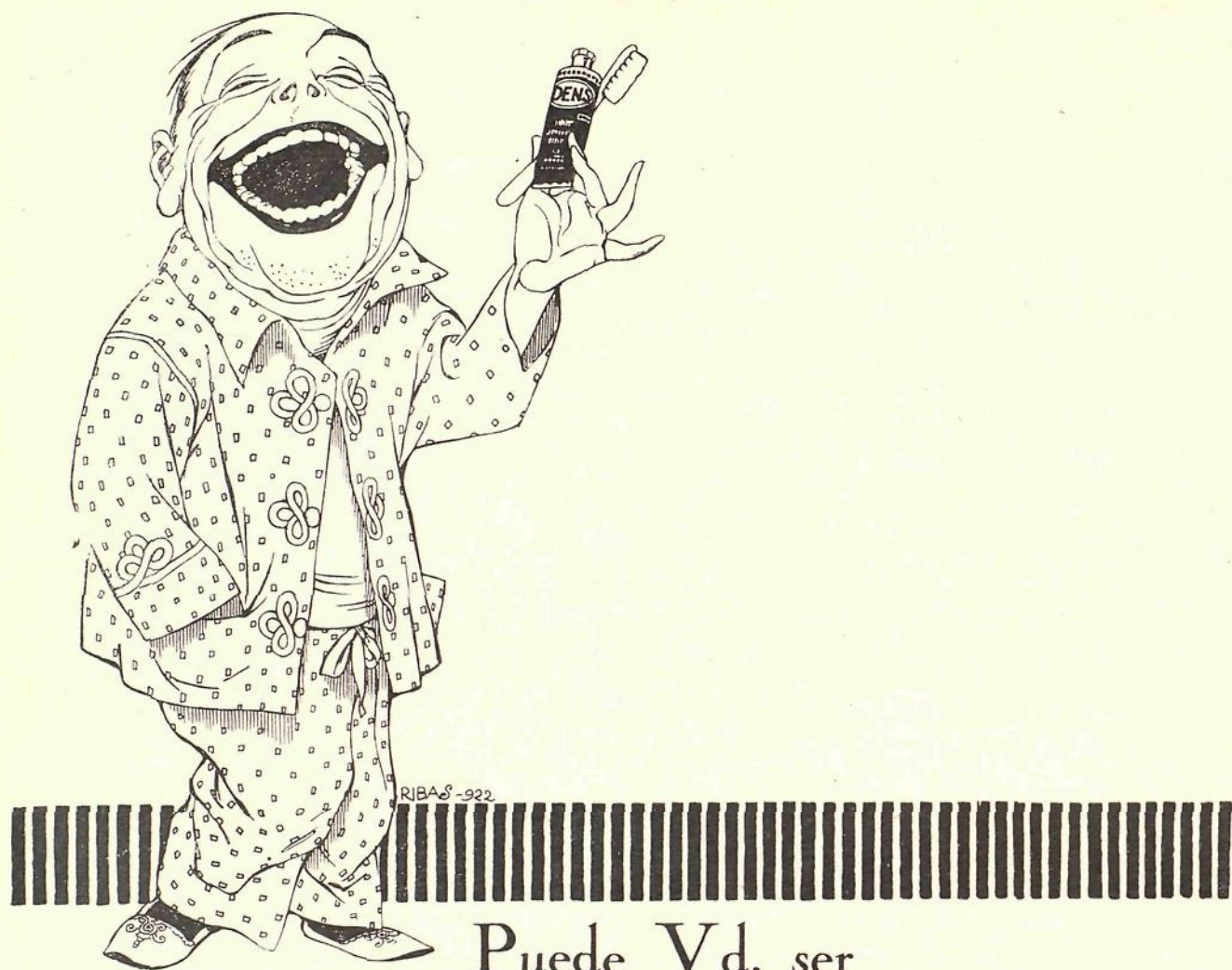
MAL CABALLEJO

C 500

CUPÓN
correspondiente al número 40
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

M A S
QUE

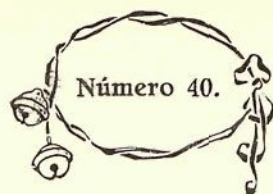
CUPÓN NÚM. 1
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de septiembre.



Puede Vd. ser
OPTIMISTA
después de usar la
PASTA
D E N S

que le permite ostentar una dentadura
blanca y una boca fresca y perfumada.

TUBO 1.50



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 3 de septiembre de 1922.



TRES NOCHES DE VERANO

PRIMERA CLASE

¡Oh, marquesa; de no oponerse el Gobierno, pasado mañana a Suiza. Es mucha tiranía la diplomática.

— ¡Oh, los lagos!... ¡La Jungfrau!... ¿Hacen el viaje en auto?

— No; en tren, por la *corniche*. Hemos huído de París porque en esta época está *dégoutant*.

— Nosotros marcharemos al *chateau* a fines de semana. Ya la temporada de caza va a comenzar, y mi marido quiere correr unos ciervos.

— ¡Pobrecillos, bastante corridos están ellos con sus cuernos!

— Los llevan con dignidad.

— Rara virtud que no posee todo el mundo.

— ¿El señor quiere tomar *agneau*?

— No, gracias; póngame un poco de *chamagne*.

— Al instante, señor.

— Cena usted poco, conde.

— A estas horas, sí.

— ¡Ah! Se reserva usted para más tarde. Me han dicho que esa terraza está *épatant*... Lo que es ustedes, los solterones, se las han sabido arreglar con sus Casinos y Clubs.

— ¡Oh, no lo crea usted, por Dios! Nos aburriríamos en ellos como ostras; pero le damos cierto aire de picardía al estar allí, para que la gente nos envidie.

— Nunca se ha quedado usted en Madrid hasta tan tarde.

— Es cierto; pero ¡está

tan aburrido por ahí! El polo, el yate, el *bridge*, las excursiones... ¡Uf!... Está todo tan visto...

— Aquí, claro, tiene cosas que no ha visto nunca, ¿verdad? Diga usted que se ha querido quedar en Madrid solo... para cenar en la terraza. ¿Van señoras?

— ¿Señoras?... No. Van... mujeres, que no es lo mismo.

— ¿Licor?...

— Sí; dos dedos de *curaçao*. ¿Permite usted, marquesa, un cigarrillo?

— ¿Cómo no? ¿Son egipcios?

— Sí; *bouche dorée*.

— ¡Ah, entonces no quiero!

— ¿Usted también fuma?

— Naturalmente, pero no de eso; prefiero los míos. ¡Son de sesenta la cajetilla!...

SEGUNDA CLASE

— Hace fresquito, ¿eh?...

— Sí; es lo que yo digo. Por el día puede que en este Madrid se sienta calor; pero por la noche, la Castellana está deliciosa.

— Y luego, estas sillas tan cómodas.

— ¡Y que no hay que vestirse!...

— Que es una de las molestias de las que van a veranear a San Sebastián o Biarritz, el tener que preocuparse del traje.

— Yo se lo digo a mi marido: si algún verano me llevas por ahí, nada de playas de moda. ¡Son antipáticas!

— ¡Antipatiquísimas! ¿Me quiere usted decir qué tendrán a estas horas de mejor que nosotras? Nada.

— La orquesta de *zánganos* vestidos de colorado que tocan en las terrazas. Y ya ve usted, para eso no vale la pena.

— Aquí tenemos los conciertos de la banda municipal.

— ¡Y qué apreturas para oír!...

— ¡Y cómo tocan!...

— ¡Oh! Sí, señora; los hay abusones...

— Me refiero a los músicos.

— ¡Ah, ya...; pensé que...! Como ahora se ha puesto Madrid así, que a lo mejor sube una señora a un tranvía y parece que ha entrado a que la tomen medida de un vestido.

— Han degenerado mucho las costumbres, y es que hay falta de tacto.



Dib. SILENO. — Madria.

— ¡No, señora; sobra! ¡No le digo a usted que no se puede ir en la plataforma de los tranvías!...

— ¿Usted va a los conciertos de la banda?

— Muy a menudo. A mi esposo le gusta mucho.

— ¿Es filarmónico?

— Como ser, es de la provincia de Ciudad Real; pero le gusta la música, ¿verdad, Roque?...

El marido roncando:

— ¡Juul!...

— ¡Ah! Pero ¿está ahí?...

— Sí, señora; está Roque, sólo

que el pobre se ha quedado un poco traspuesto. ¡Trabaja tanto por el día!...

— ¿Qué hace?

— Va a la oficina, y como todos los jefes están fuera, todo pesa sobre él. Hay mañanas que se lee tres o cuatro periódicos, se toma tres cafés y se fuma dos cajetillas. ¡Claro, todo lo que se tenían que leer, beber y fumar los demás, si estuvieran!

— ¡Se comprende, entonces, que esté rendido! ¿Y no despacha también los expedientes?

— No, señora. Dice que no quiere responsabilidades, y que ya lo harán los otros cuando regresen.

— ¡Muy bien pensado!

TERCERA CLASE

— Tú, Aniceto, a ver si encoges un poco esa *pata*, que ya me has *tirao* dos viajes al vacío, y al tercero te doy con el botijo en la cabeza.

— Pues córrete, que me *paece* que la calle es bastante ancha.

— ¡Rediez, es que *l'has tomao* como *sommier* y la necesitas toda *pa* ti!

— Y diga usted, señor Aniceto, ¿por qué no se sube usted a acostar? Lo digo porque, vamos, el adoquinado no debe de estar muy blando esta noche; ¡como no han *regao*!

— ¿Subirme? ¡Que suba Piniés!...

— ¿Le tiene usted miedo al catre?

— A él, no; pero a una familia numerosa que le ocupa *dende* que comenzó el verano, sí.

— Es manía tuya.

— ¡Qué manía! ¡Es que me tengo que rascar toda la noche como si fuese un mono del Retiro!

— ¿De modo que hay huéspedes?

— Con equipaje para una temporada larga. No le digo a usted más sino que hay noches que me lío a alpargatazos, y a la mañana siguiente tengo que saltar con garrocha los montones de cadáveres. ¡Acércame el botijo!

— Ahí va, y conste que eres el único *pa* desacreditarla a una.

— A ti, no; a las chinches.

— Chupan, ¿eh?...

— Ni que fueran concejales.

— ¿Y su hombre de usted?

— Ahora, cuando yo venía *pa* acá, le he visto en la tasca de la esquina, que estaba con varios...

— ¿Compañeros de la obra?...

— No, señora; con varios medios chicos de más. Dice que es deportista.

— ¿El señor Acisclo?... ¡Su madre!... Y ¿por qué es deportista?

— Porque en verano todo el mundo se dedica a los deportes, y corre en moto, o en auto, o nada en el agua, o sube en globo *pa* ganar una copa, pues él hace títeres en el andamio para llevarse otra copa.

— Sólo que, por lo visto, abusa.

— ¡Es que se las da de campeón!

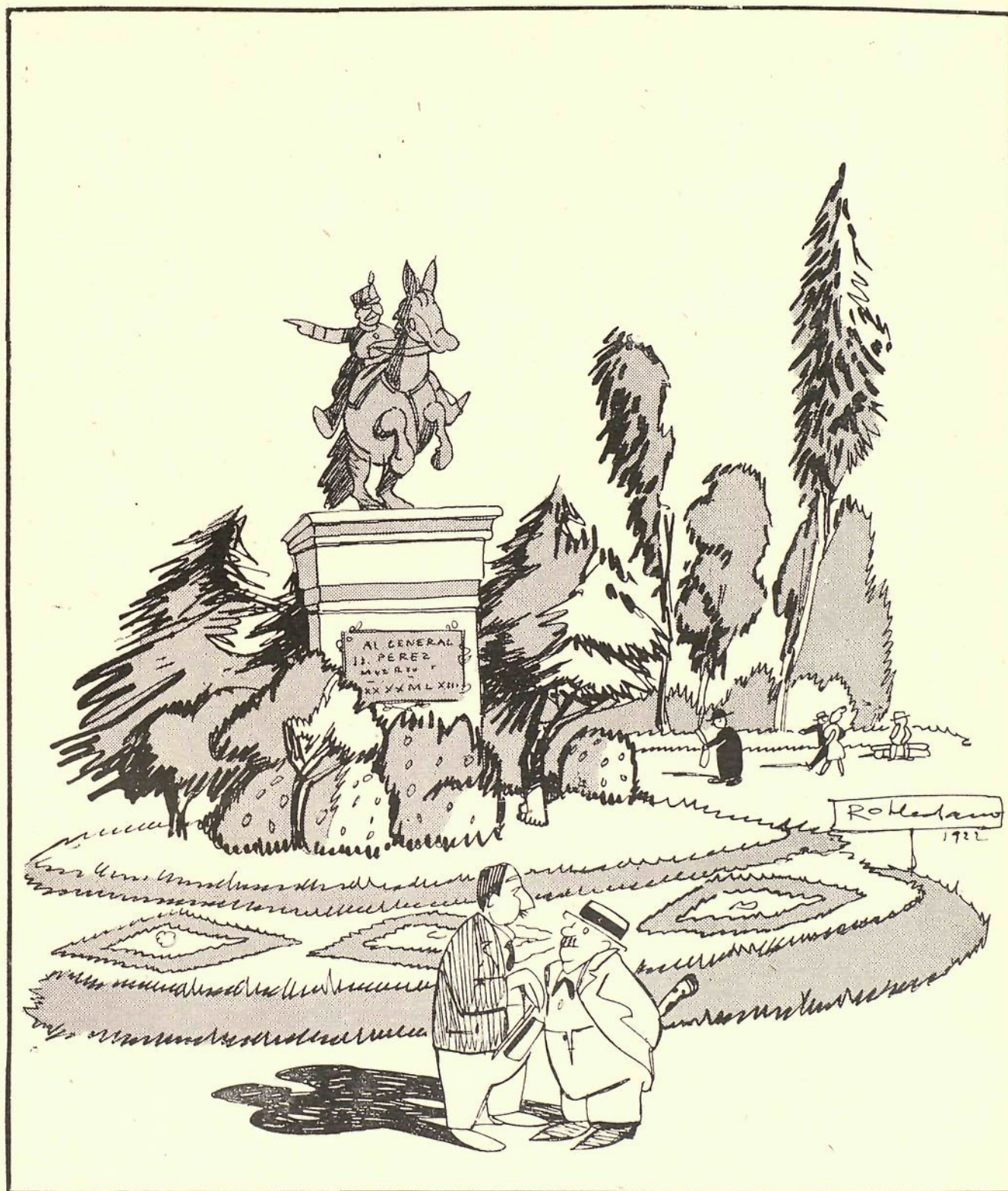


REMORDIMIENTO

Dib. CASERO. — Madrid.

— ¡Dios mío!... ¿Por qué habré robado yo esto?... ¡Ahora me está pesando!...

A. R. BONNAT



Dib. ROBLADANO. — Madrid.

- ¡Es un fastidio!... ¡No encuentro tabaco de sesenta!...
- A mí no me preocupa: fumo siempre el mismo.
- ¿Qué tabaco fuma usted?...
- ¡El que me dan!...



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Pero, hombre, por Dios; después de diez años que llevo de casado, ¿quiere usted saber mejor que yo dónde le aprieta el zapato a mi señora?...

Declaración de un perricida.

Carta abierta que a Valladolid mandó ayer a su esposa Ramón (guardia mil ciento tres), que es un Cid cuando llega de obrar la ocasión:

«Mi querida Asunción: ¿Sabes tú lo que ha dado de sí don Millán?... (¡Le debió de inspirar Belcebú su diabólico y trágico plan!)

¿Qué dirás que ha mandado, mujer? Que nosotros, los guardias *armaos*, si en la calle podemos coger a los perros *indocumentaos*, sin usar cloroformo ni *na*, de un sablazo, de dos o de diez, les partamos el ser por *mitá*, aunque salga el mondonga a la vez.

¡Machetazo al mastín y al lebrél, como al galgo y al perro pachón! ¡Qué espectáculo, voto a Luzbel, más bonito, querida Asunción!

Cuando a un perro, después de morir, destrozado las gentes lo ven, de arpillera lo suelen cubrir, como a un toro de Palha o de Llen.

Las protestas se oirán en Corfú. Los aullidos se oirán en Pekín. ¡Con tal orden, figúrate tú el pavor de Guillermo Perrín!...

Cumplidor del deber tan formal es el guardia Ruperto Querol, que le dió tres sablazos (de a real) a Can-seco en la Puerta del Sol.

Otro guardia mató a un *fosterrier* con el sable. Hasta el puño le entró por la boca..., y no quieras saber por qué sitio la punta salió.

Hoy he visto mohino y tristón un mastín junto a cierto café. Te le voy a brindar, Asunción, y a matarlo de un gran volapié!

Y por darme a tu lado postín, sólo espero del buen don Millán, que me premie, si mato al mastín, con la oreja y el rabo del can.

Luego puede que el tal director, cuando muertos los perros estén, nos ordene, en su afán salvador, la matanza de gatos también.

Nada más hay aquí de interés, y la *empéñola* cuelgo, Asunción. Piensa mucho en tu mil ciento tres, que te besa en la nuca... — Ramón.»

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

HISTORIA DE UN TIGRE SEDENTARIO

«En la corte de Cleopatra había un tigre real...» — RACHILDE.

Coincidencia curiosa: en el circo ecuestre de mistress Helpbury había otro tigre real. Por lo demás, a esto se reducen las posibilidades de un paralelo entre la domadora inglesa y la emperatriz egipcia.

Pascal ha podido decir de la una: «Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más corta, la faz de la Tierra habría cambiado por completo.»

La Historia, en cambio, sólo registra, respecto a la otra, la siguiente referencia de un *agosto* en otro tiempo a las órdenes de la domadora: «Si mistress Helpbury hubiera gustado menos del *whisky*, de otra suerte habrían ido sus negocios.»

El paralelismo era aún menor entre el tigre cortesano y el de mistress Helpbury. Con todo, esta disparidad en modo alguno implicaba la inferioridad del tigre de mistress Helpbury. Ciertamente el de Cleopatra debía de ser un hermoso tigre real. A decir verdad, al tigre de mistress Helpbury sólo de *tigrecillo* podía calificársele, y por lo que hace a su realce, hay que confesar que, si la tenía, era una realceza bastarda: tan desmeдрado era. Aunque, en rigor, esta última particularidad puede atribuirse muy bien a haber sido criado *Ralph* — como llamaba a su pupilo mistress Helpbury — exclusivamente a base de harina lacteada e hiposfosfitos de cal. Y en esto consistía la innegable superioridad del *tigrecillo* sobre su congénere en la corte de Cleopatra. Podía ser éste un soberbio ejemplar de su raza. Acaso tuviese la dentadura orificada como un hombre de negocios o una *cocotte* modernos. Es, asimismo, más que verosímil que en su servicio se ocupasen legiones de bellísimas esclavas. Pero a buen seguro que no había sido criado en el exquisito regalo que presidió la infancia de *Ralph*, el tigre de mistress Helpbury. Esta, en persona, se encargaba de dar el biberón al *tigrecillo*, así como de prepararle por sus propias manos la cotidiana pitanza cuando hubo pasado con bien la época dolorosa de la dentición. Más que como a un pupilo, puede decirse le cuidó como a un hijo. Hasta los fustazos que le propinaba, las raras veces que se mostró remiso a aceptar las enseñanzas circenses, eran verdaderos golpes maternos.

Ralph sabía apreciar esta solicitud en todo su valor, y jamás se dió el caso de que correspondiese ingratamente con un zarpazo a las cóleras de su dueña. Por otra parte, se lo impedía su buena pasta. Porque *Ralph* era acaso el tigre más infeliz y tímido de todos los tigres. No hay memoria de que ni una sola vez in-

tentase abandonar su jaulón subrepticamente burlando la vigilancia de sus guardianes.

Una noche, sin embargo, la casualidad le forzó a ello, bien contra su voluntad. Un violento incendio se propagó por las dependencias del circo. Las llamas rodearon la jaula de *Ralph*... Dicho queda que éste era un animal predominantemente linfático-nervioso. Ahora bien: para nadie es un secreto que los linfático-nerviosos proceden por impulsos en sus determinaciones. *Ralph* no podía ser una excepción. Los barrotes de la jaula — que, por cierto, había servido antes de embalaje a un piano de cola — cedieron fácilmente a las acometidas del cautivo. Este, con un espeluzno de terror, chamuscados los bigotes, se vió en inesperada libertad. De dos brinco se encontró en una calleja a espaldas del circo. La gritería de la gente congregada por el incendio acabó de desconcertarle, haciéndole emprender veloz carrera.

Cuando pudo recobrarse se halló bajo la umbría de un parque público, agazapado entre un macizo de boj. La humedad de las plantas le hizo estornudar, y, por carambola, su propio estornudo, que resonó extrañamente en el silencio de la arboleda, le infundió un pavor mortal.

Temerosos pensamientos acudían a su mente: historias de las selvas, oídas a compañeros de *ménagerie*, no nacidos en cautividad como él, sino en el fondo de esas selvas ardientes, erizadas de peligros.

Ralph, que sólo conocía las selvas improvisadas con bastidores de pintado lienzo, se creía perdido en algún bosque tropical. El rumor de una hoja seca en el suelo se le antojaba producido por la proximidad de una serpiente pitón o de alguna otra fiera que caería sobre él cuando menos lo pensase, devorándole de una sentada... Empezó a dolerle el estómago atrocemente. ¡Si al menos tuviese a su lado a la benéfica, a la inmejorable mistress *Helpbury*!... Ella, en los días de tormenta, o bien en los viajes — en cuanto le veía temblar de miedo, en una palabra —, acudía a su auxilio con los salicilatos de bismuto, que le apaciguaban el aparato digestivo, a la par que el espíritu.

Esta consideración hizo verter amargas lágrimas a *Ralph*. ¡lba a morir! ¡lba a morir lejos de su dueña y de los salicilatos de bismuto!... Dió un salto de costado, huyendo de un imaginario enemigo. Su corazón funcionaba irregularmente: tan pronto latía con violencia inusitada, como apenas si su impulso irrigaba unas gotas de sangre por las venas del infortunado tigre, cuyos miembros empezaban a torturar los lancetazos del reuma.

Recordando su tranquilo vivir, hasta horas antes transcurrido en un ambiente de comodidad y limitación, advertía en él matices de dicha hasta entonces no

sospechados. El mismo embalaje de piano se le aparecía como un nido de felicidad y de buen tono; por los claros de sus maderas el mundo exterior se veía rayado a gruesas rayas, como una hermosa piel de tigre multicolor o como los jerseys de punto que usaba por casa mistress *Helpbury*...

Así, con el corazón amargado por el recuerdo de cuanto acababa de perder, empapado el cuerpo en un trasudor mortal, pasó toda la noche. No se atrevía a moverse de su escondite, tanto por el temor a los ocultos monstruos de la selva, como por el no menos poderoso de ser castigado cuando su fuga se descubriese. (¡Ay! A lo mejor le dejaban sin comer dos días.)

Apuntaba el alba. Una mañanera cla-

ridad violeta contorneaba confusamente las cosas. El guarda del parque, aureolado de una sonoridad de bostezos y reniegos, hizo irrupción en el paseo central. Puso cara de asombro, ojos de susto, y, por fin, retrocedió exclamando:

— ¡Re... coímel... ¡Una fiera!...

Después se puso a soplar furiosamente en su trompeta, semejante a un arcángel de Juicio final.

Pero el infeliz *Ralph* no le oía. Tiritando, revuelta en húmedos pegotes la pelambre, vidriosa la pupila, el misero felino acababa de morir como correspondía a un tigre sedentario lanzado contra su voluntad en una vida de aventuras.

ANSELMO REGUERA.



Dib. REINOSO. — Madrid.

— ¿Qué, le echáis mucha agua a la leche?

— ¡Quía!... Mucha, no, señor; la suficiente para hacerla potable.



Dib. CAMACHO. — Valladolid.

— Visto tu arrepentimiento, sólo se te cortará la cabeza; pero no vuelvas a repetir tales desmanes.

CINEMÁTICAS

COSAS DE PERIODISTAS

El teatro ha sido, es y será una mina anecdótica inagotable; pero no hay que olvidar que los periódicos lo son también, aunque ignoro por qué circulan menos los hechos curiosos y los sucedidos graciosos que en ellos tienen lugar.

Voy, pues, a exponer a los lectores tres botones de muestra, poco o nada conocidos.



La cosa sucedió en el despacho del director de *La Noche* (q. e. p. d.), perió-

dico a cuyo frente figuraba el gran Antonio Palomero (Palomerín, como le llamaban cariñosamente sus íntimos).

Hallábase el nunca bastante llorado periodista acompañado de tres o cuatro redactores, que escuchaban embobados la siempre ingeniosa charla de su director.

Uno de aquéllos (que hoy es un autor aplaudido), sin perder palabra de cuanto decía Palomero, se entretenía, con verdadera fruición, en urgarse las narices con el índice de la mano derecha.

Quedóse de pronto Palomero mirándole, y nuestro hombre, un poco azorado, suspendió la para él interesante operación.

Palomero, al darse cuenta de ello, le dijo con su acostumbrado gracejo:

— ¡Siga usted, siga usted!... Mi autoridad de director no llega a tanto.



La segunda anécdota que voy a referir, es bien reciente, y fui testigo presencial de ella.

Uno de los redactores de un periódico madrileño entregó al director una nota política que acababa de hacer. Leyóla el director con toda atención, y terminada su lectura exclamó:

— ¡Admirable!... Sí, señor. ¡Admirable!... Ha sabido usted dar en el blanco, y es uno de los trabajos más periodísticos que yo he visto en mi larga vida. ¡Como que hay que firmarlo!...

— No merece la pena — respondió el redactor, con excesiva modestia —. La cosa no tiene importancia... Es una de tantas notas que se hacen al correr de la pluma.

— Nada, nada; hay que firmar. ¡Pues no faltaba más!

Y, efectivamente, cuando salió el periódico, por la noche, el redactor, con el ansia natural, cogió el número, buscó la famosa nota, y vió que estaba firmada... ¡Por el director!...



Y vamos con el tercer botón de muestra del ingenio periodístico.

Para mejor comprensión de los lectores, voy a hacer una aclaración.

En todos los periódicos se llaman trabajos de redacción a aquellos que no van firmados, y de los que es siempre responsable el director. ¿Se han dado ustedes cuenta de ello?... ¿Sí?... Pues al relato.

Ocurrió el hecho en la Redacción de un aristocrático diario, en donde prestaba sus servicios, y aún los presta, ¡ojalá que por muchos años!, un muchacho que en el terreno amoroso podía darle a don Juan Tenorio tres conquistas de ventaja, y le ganaba.

El tal redactor se había puesto en relaciones con una morena de diez y siete primaveras, con unos ojos capaces de decidir una votación, que vivía enfrente de la casa en que se hallaba instalado el periódico.

Una tarde, a primera hora, el enamorado chico de la Prensa sostenía un animado diálogo con las manos, por detrás de los cristales del balcón, con la dama de sus pensamientos. De pronto surge el director, que se da cuenta de lo que ocurre, y le dice al joven tenorio:

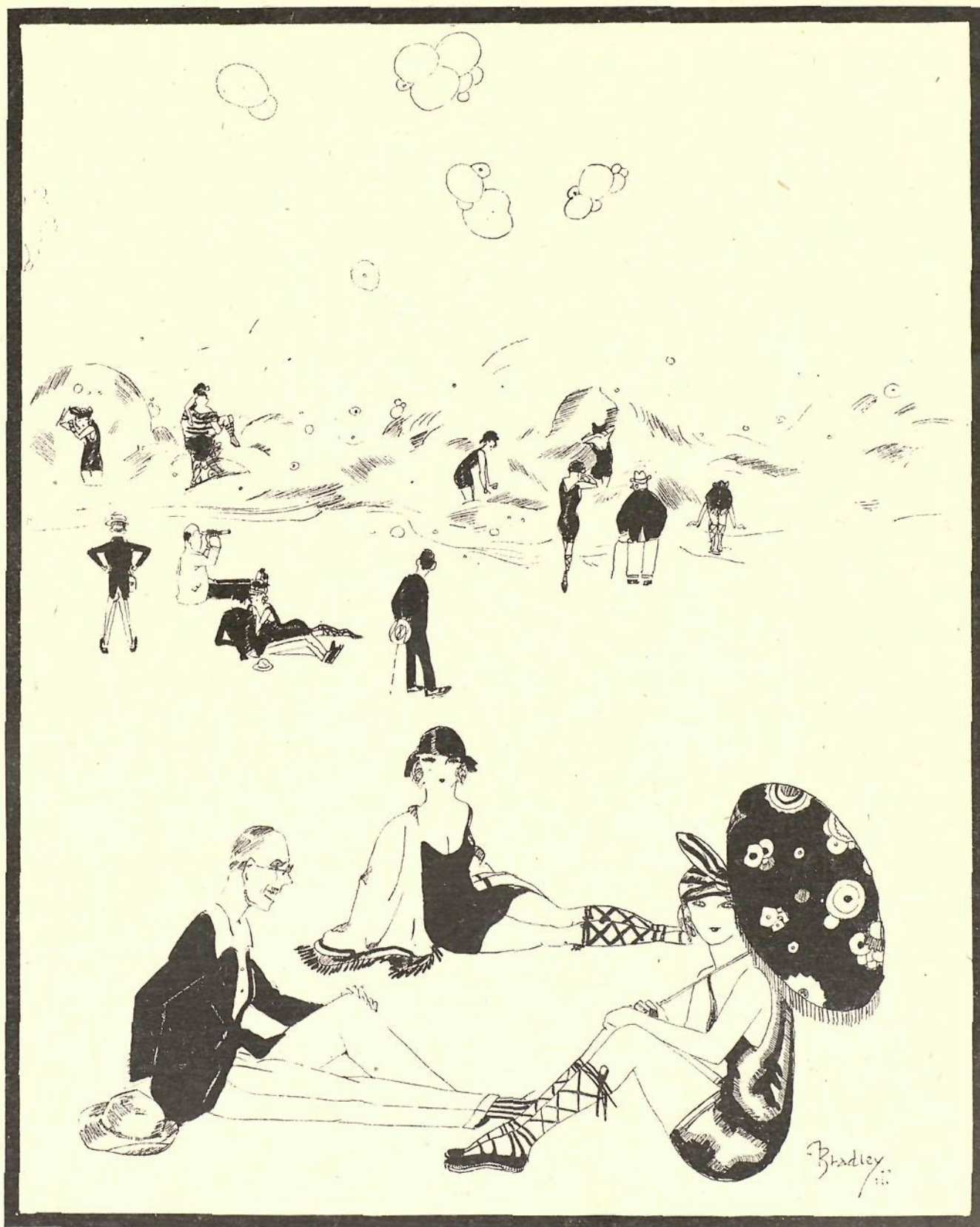
— Tenga usted mucho cuidado, porque como se entere el padre de la chica, que es una fiera, va usted a verse muy comprometido.

— Como eso pase, el que tendrá un disgusto es usted, director.

— ¿Yo?... ¿Por qué?...

— Porque éste es un trabajo de redacción.

JUAN DE LA CHÁCENA.



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¡Calle usted, por Dios!... Bañarse aquí, ¡qué cursilería!... Nosotras nos bañamos en el hotel...

Ayuntamiento de Madrid

BAGATELAS VERANIEGAS

TORERÍAS

«A Ronda cupo la suerte
de parir a los Romero:
por eso dicen que Ronda
es la cuna del toro.»

LORD BYRON.

Estamos en un Casino de pueblo, a la hora de trillar. El sol calcina. El Casino está mudo. Juegan al tute don Isaac, don Lázaro, don Aquilino y el señor alcalde. Apenas se habla; faltan los periódicos, que son media vida, y estamos en agosto, en vísperas de San Roque, en vísperas de las vaquillas... ¡Viva España! Dos días llevan casi todos los pueblos españoles esperando las vaquillas; las calles a medio atalancar, en espera del encierro. Ya se sabe qué palos hay que quitar para que las vaquillas se escapen.

— El año pasado le dieron un revolcón al usurero don Crispulo.

— Nos divertimos más — nos dicen. Entre La Cierva y Noel han quitado las capeas. ¡Salvajes! Cerrar las únicas escuelas de energía que nos quedaban.

Por algo no resolvemos lo de Africa. Hay que derogar esa ley o lo que sea..., y se acabarán hasta las huelgas de funcionarios. De mayo a agosto hagamos todos los domingos, y en toda España, la capea obligatoria, y volveremos a ser lo que fuimos.

Los ingleses tienen la *box* y el *football*; los norteamericanos, la juventud del mundo; los alemanes, la cerveza; nosotros teníamos los toros, y nos conformamos con *Charlot*. ¡Pobre España!

Hay que ver cuánta energía, cuánto valor, qué desprecio la vida y a la ropa nueva tienen los hombres en las capeas. Si las hubiera a cada domingo, volveríamos a los buenos tiempos en que no se ponía el Sol en los dominios de don Felipe II, ni los días nublados. España

conquistó varios mundos cuando los capitanes se mataban por unos ojos negros, y los grandes señores alanceaban toros de diez y ocho y veintidós años; toros que a veces tenían ¡tres y cuatro cuernos!

Si llegamos a poner, en vez de escuelas, plazas de toros en Larache o en Alhucemas, estaría Abd-el-Krim a estas horas toreando la «feria de Bilbao», y habría una República menos en el mundo: la Riffiana.

Todas estas consideraciones me las sugirió en no sé qué Círculo pueblerino el dialogar con un viejo *frascuelista*, que cuenta más de ochenta inauguraciones de temporada, y que le vió las tripas al *Negro* más de seis veces. Aquella tarde famosa no teníamos de qué hablar, ya que no le interesaban ni la huelga de Correos, ni la falta de periódicos, ni el exceso de mosquitos. Providencialmente, oímos cencerros. La cara del viejo aficionado se transformó, y con acento sibilino me dijo:

— ¡Esto se va! El toro agoniza. ¡Pobre Patria!...

Hubo una pausa embarazosa. Yo no me atrevía ni a respirar. Por fin, el viejo aficionado sacó el pañuelo y se limpió los ojos, en los que, a pesar del *muchoir*, siguieron luciendo un par de legañas como dos sombreros cordobeses. Hubo otra pausa, y el admirador de *Frascuelo* dijo:

— Esto de los toros va de cabeza; lo prueba, entre otras muchas cosas, que hay un torero que se llama *Madrid*, y es de Málaga; otro que se llama *Valencia*, y es de Madrid; a otro le dicen *Bogotá*, y es de Huelva; el *Limeño* no nació en Lima, sino en Sevilla; el *Americano* es de Santiponce; y a qué seguir... Sepa usted que en este oficio, en que nadie ha *velao*, se torea de noche y ¡con luz eléctrica! Lo que le digo a usted. ¡El principio del fin!... Antiguamente, Pedro Romero y Montes escribieron sendos tratados de tauromaquia; hoy los toreros escriben a las cupletistas y leen a D. Ramón Pérez de Ayala, a D. Ramón María del Valle e Inclán y a D. Ramón de Unamuno, de Salmántica.

«Antes decía Pedro Romero: «... La honra del matador está en no huir ni correr nunca delante del toro teniendo muleta y espada en la mano.» Hoy dice Rafael el Gallo: «La grita mayor dura quince minutos; la herida menor, quince días.»

«Antes los toreros asustaban de valientes; se pegaban con los médicos porque no los dejaban salir a torear con seis costillas de menos y un ojo en cabestrillo. Hoy oye usted elogios como éstos: «Ese *tie* que ser *as*, porque se acuesta a las ocho y es vegetariano», y porque «tiene a una francesa loca, y, en vez de dejarla en cueros, sin un centímetro, se conforma con que *le ayude* el invierno que no va a Lima». Antes los toreros gustaban de la guitarra. Hoy son virtuosos de la pianola eléctrica



Dib. MENDA. — Madrid.

— No cabe duda: con la falda larga vamos más decentes las mujeres.

lo los ca-
ojos ne-
anceaban
lós años;
y cuatro

de escue-
che o en
m a estas
Bilbao», y
n el mun-

s me las
ueblerino
scuelista,
uguracio-
las tripas
Aquella
qué ha-
ni la huel-
eriodicos,
videncial-
a del vie-
con acen-

niza. ¡Po-

sa. Yo no
n, el viejo
se limpió
del mu-
par de le-
rdobeses.
irador de

cabeza; lo
osas, que
Madrid, y
a Valen-
dican Bo-
ño no na-
el Ameri-
seguir...
o, en que
che y ¡con
usted. ¡El
ate, Pedro
n sendos
los tore-
y leen a
D. Ramón
D. Ramón

o: «... La
o huir ni
teniendo
Hoy dice
mayor dura
nor, quin-

an de va-
dicos por-
prear con
jo en ca-
jos como
porque se
ariano», y
loca, y, en
un cénti-
ayude el
Antes los
irra. Hoy
eléctrica

Antes merendaban bellotas rociadas con rute o cazalla. Hoy *chanelan* de *five o'clock tea*.

Hubo otra pausa. El viejo aficionado soltó un taco (estábamos carambolean-do) y añadió:

— Antes los diestros salían de la posada en calea y volvían en carroza abierta, al lado de una archiduquesa y llevando al estribo a un cardenal. Hoy salen pintureros del *hall* y vuelven en el camión de D. Millán de Priego, al lado de una pareja de la Guardia civil. Triunfó *Charlot*; ¡qué le hemos de hacer!... Por algo tienen estatuas *Lagartijo*, y *Joselito* y el *Espartero*.

El viejo aficionado que me instruye, no comprendía cómo estaba el *Espartero* a caballo no habiendo sido picador. Yo quedé en preguntárselo a *Corinto*, que lo sabe todo, y en cuanto yo lo sepa, lo sabrá el abuelo frascuelista.

— Yo ya sé — continuó hablando el viejo aficionado — que aquéllos fueron grandes porque llegaron a la cúspide por sus pasos *contaos*. *Lagartijo* actuó veintiocho años de matador de toros. *Frascuero* se jugó la vida a cara y cruz durante veinticinco años.

»Hoy debuta un diestro sin haber cumplido los diez y seis años, y al otro domingo se doctora el jovencísimo lidiador, y otro domingo del mismo año se retira el veterano torero. ¡A los nueve meses de carrera!

»Durante este tiempo le han tirado piedras, le han echado toros al corral y ha firmado los contratos de Lima, Méjico y San Francisco de California.

»Es indudable que esto se liquide, sobre todo si sigue haciendo el calor que nos *ameniza* el espectáculo a diario...»

Son las seis de la tarde; el viejo aficionado y yo salimos del Casino camino de la era del Mico, un amigo suyo.

Lo que vi y las sentencias que exhaló mi amigo será materia que utilizaré en mi próximo artículo, titulado *Los placeres del campo*. Hasta el próximo número, queridos lectores.

Por el veraneante de turno,

TORRES-ASENJO

EN VOZ ALTA

¿SE PUEDE?...

Al antipático repique metálico del despertador, que, con la trepidación de su propia maquinaria, comenzó a resbalar sobre el liso mármol de la mesa de noche, saltó el pastor protestante del lecho.

He de confesar que estaba bastante ridículo con la corta camisa y el picudo gorro de dormir. Seguramente lo comprendió, porque hizo ademán de vestirse en dos por tres.

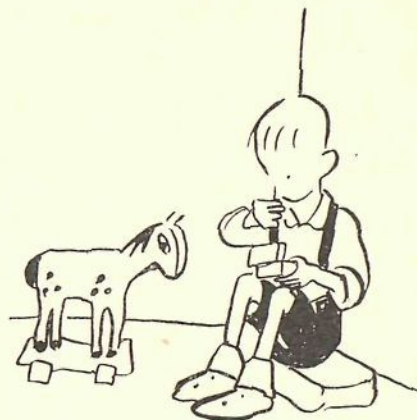
Tales fueron sus rápidas miradas a un lado y a otro buscando su ropa. Pero, de pronto, se echó las manos a la cabeza... ¿Y el baño? Tenía que bañarse. ¡Pues no iba a haberse vestido sin bañarse!...

Se quitó el gorro y la camisa. Se fué hacia el baño y abrió la llave del agua fría. ¡Magnífico chorro!... Pero el grifo del agua caliente no echaba ni gota. Malhumorado, cogió un jarro, y, sin pensar en más, tira del cordón de la campanilla. ¡Horror! El grueso pastor se santigua. ¡Recuerda, aterrado, que sólo sirven doncellas en el hotel!... ¡Y él, solo y desnudo en la habitación!...

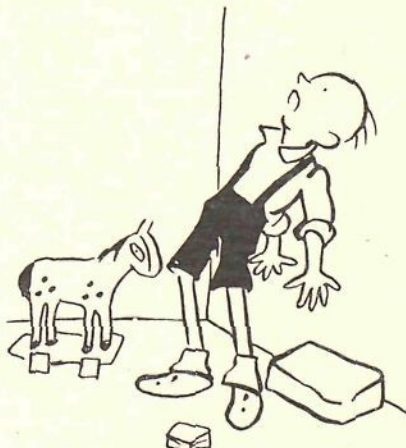
Va hacia la puerta, se pega bien a ella, y extiende todo lo que puede el brazo derecho, con el que sostiene el jarro para el agua caliente,



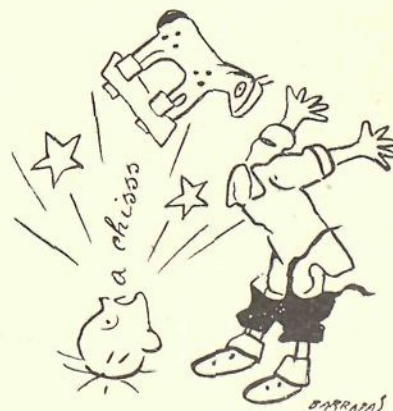
Pepito quería saber lo que era el rapé.



Cogió un polvillo y se lo llevó a la nariz, como hacía su abuela.



¡.....!



A Pepito le divirtió poco aquello.

Dib. BARRADAS. — Madrid.

Recuerdos expresivos de un viaje hidroterápico.

CURAS POR EL AGUA

Está visto que el agua, como elemento curativo, es de una utilidad verdaderamente maravillosa. Claro que me refiero al agua mineral. La del Lozoya, por el momento, sólo sirve para estropear el vino y poner bien a los boticarios, que se enriquecen con su inofensiva colaboración.

El infinito número de curas que por el agua he visto hacer, me animaron a seguir los consejos del ilustre doctor Carro, con el cual consulté mi crónica dolencia.

— Váyase usted a Guitiriz — me dijo.

Y yo le obedecí.

No me pesa. Por el contrario, bendigo la hora en que tropecé con un Carro así, ya que, gracias a él, «voy tirando».

Desde que llegué al susodicho pueblo guitiriciense, la existencia se desliza para mí en medio de la más encantadora tranquilidad femenina. Quiero decir que la salud se declaró amiga de la paz, y no ha vuelto a resentirse con dolores.

Y eso que me trajeron a este pintoresco rincón de Galicia dos cosas bastante malas: un tren, perteneciente a la Compañía del Norte, y una afección, perteneciente al estómago de un servidor de ustedes.

Las molestias infinitas que éste me hizo sentir, con ser muchas, no pueden ni siquiera compararse con las que el primero me proporcionó.

¡Camará con el viajecito!...

Presumo de tener buena memoria. Sin esfuerzo alguno me considero capaz de recordarles a ustedes los más nimios pormenores del terremoto de la Martinica, y los del primer té tango en que la *Argentina* y *Pastora Imperio* tomaron parte, que también es un té remoto.

Sin embargo, no me pidan ustedes que les cite la fecha en que efectué mi salida de la corte. Tal fué la cantidad de tiempo invertida en el viaje, que ya no puedo recordarla.

Hecho fosfatina llegué a Guitiriz.

— Después de todo — pensé —, poco puede costarme la prueba de sus famosas aguas. Tratándose de un lugar donde aun se desconoce la luz eléctrica, lo seguro es que no

haya Corrientes (sucesores del célebre D. Diego) ni tampoco *Vivillos*, que le roben a uno en el precio del hospedaje ni en la comida.

Una pulmonía doble debió acabar con semejante suposición, porque no pude abrirla mucho tiempo.

Abarrotada la aldea de dolientes forasteros, un compasivo matrimonio indígena, recién venido de Buenos Aires, tuvo la bondad de habilitarnos un departamento de su corral, convertido, por albañiles inexpertos, en alcoba, no muy confortable, pero sí bastante sucia.

Menos mal que los filantrópicos *hoteleros* tuvieron en cuenta el triste motivo de nuestra forzosa resignación, y por tenerlo en cuenta, también lo cobraron.

¿Cuánto dirán ustedes que nos hicieron pagar por el alquiler de tan suntuosísimo dormitorio? ¡Veinticinco pesetas diarias, nada más!

¿Verdad que es de agradecer tanta consideración?

Debemos añadir, para realce de

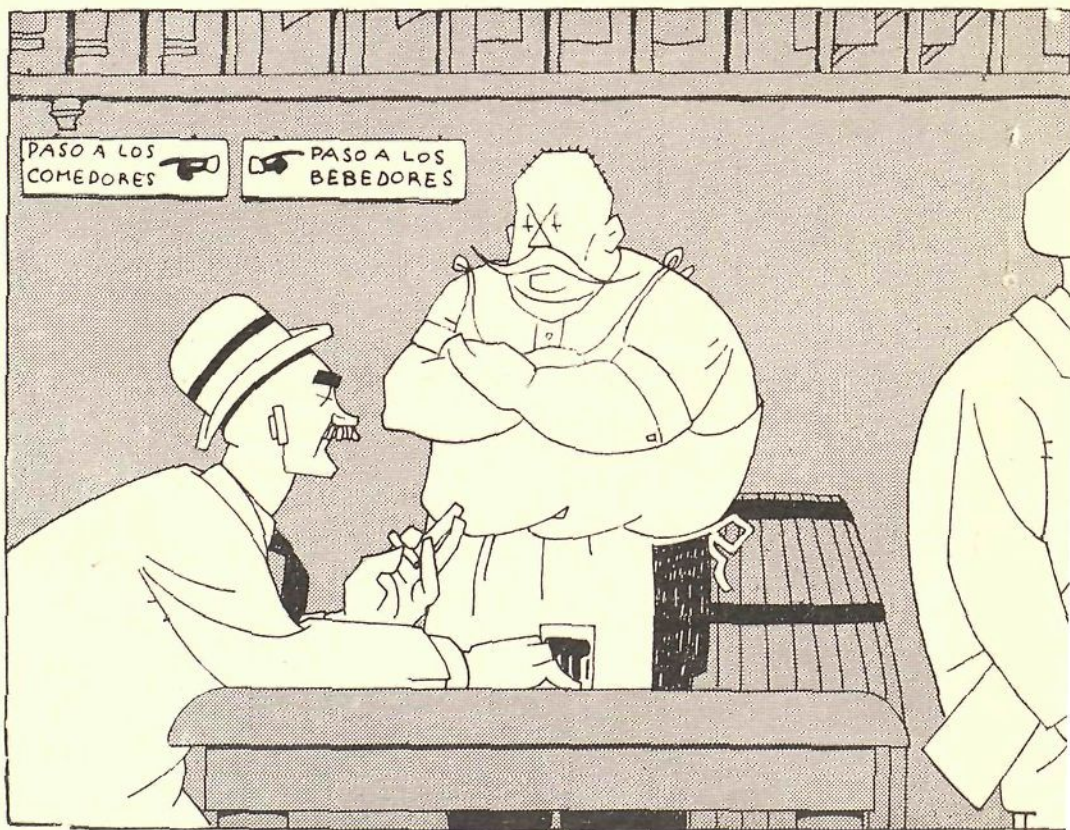
comportamiento tan meritorio, que el factor principal de nuestra alimentación, sometida a un régimen estrechísimo por exigencias de la prescripción facultativa, componíase sólo de buena leche, lo que, por lo visto, es difícil de hallar en una aldea.

A peseta se vendía el cuartillo, y lo inexplicable del caso es que rigiesen precios tan exiguos donde el jugo lácteo se producía con una escasez aterradora.

Ni aun las burras, dejándose ordeñar generosamente en beneficio del vecindario, bastaban a satisfacer el suministro indispensable.

Para adquirir medio cuartillo de esta leche, que se expendía sin nata, pero sí con recomendación, necesitábase la influencia del alcalde, por lo menos.

La del secretario no servía. ¿Por qué razón? Indudablemente, pertenecían al municipio las reses anuales. Y las vacunas correspondían al médico, digo yo.



— ¡Caramba, señor Exuperio!... Después de seis años de ser mi parroquiano, ahora se va usted a la taberna de enfrente.

— Sí; me ha dicho el médico que cambie de aguas.

Debido a la falta de mercado y a la carencia absoluta de cuanto significa civilización, el *menu* del Corral Palace admitía muy escasas variaciones.

Pocos huevos, algunos repollos, abundantes patatas, muchas berzas, jamón, por homeopatía; y todo esto deglutido, como dijo el otro, a fuerza de pan, un pan que parece fabricado con el exclusivo propósito de contradecir el dicho vulgar.

«Lo moreno lo hizo Dios», aseguran. Si ello es así, yo, francamente, les digo que este pan, aunque moreno, muy moreno, debía prohibirse por la autoridad eclesiástica, porque desacredita de una manera lamentable la respetabilísima elaboración celestial.

Cierto día inolvidable, la patrona nos deslumbró sirviéndonos, como postre extraordinario, una ensalada de lechuga y dos racimos de uvas sin madurar. Emocionados por tan incomprensible desprendimiento, la dimos las gracias.

— ¡Bah!... No las merece. ¿Saben ustedes cuánto me costó el repollo, la lechuga y los dos racimos?... ¡Tres pesetas!...

— Indudablemente, Guitiriz es una sucursal de Jauja.

Dolorosamente exacto que aquí la luz eléctrica no existe. Pero ¿qué falta hace traer corrientes, habiendo tal abundancia de Candelas? (Y perdone el bandido madrileño la comparación.)

Un rayito de esperanza nos consuela. Y pensando en nuestra quebrantada salud, lo damos todo por bien empleado.

Suponiendo que la virtud curativa de estas aguas malolientes no resulte, como el republicanismo de Melquiades, una papa.

Lo cual, en este paradójico caso, se debía agradecer, porque, siendo papa, haría curas.

Y esto es, después de todo, lo que se trata de demostrar.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

PESIMISMOS INEXPLICABLES

Decíamos el domingo pasado que la temporada teatral estaba ya encima. Y, en efecto, el sábado 26 rompió la marcha de las inauguraciones la compañía B del Infanta Isabel, que dirige D. Francisco Hernández.

Con tan fausto motivo, algunos críticos teatrales han abierto el arca de su sapiencia, y ya estamos leyendo luminosas disertaciones acerca de lo que será la cosecha artística del año venidero.

Si hemos de hacerles caso, creamos que lo que se avecina es francamente catastrófico: nada nuevo, y nada bueno. También en las conversaciones particulares oímos las impresiones más pesimistas.

Los cómicos tuercen el gesto y ensayan una mueca de resignación. ¡No parece sino que nos va a ocurrir algo muy malo y que ponga en peligro la tranquilidad nacional!

Y nosotros nos preguntamos: ¿Para qué, pues, afanarse tanto en los preparativos, si tenemos la seguridad de que todo va a resultar una desdicha?...

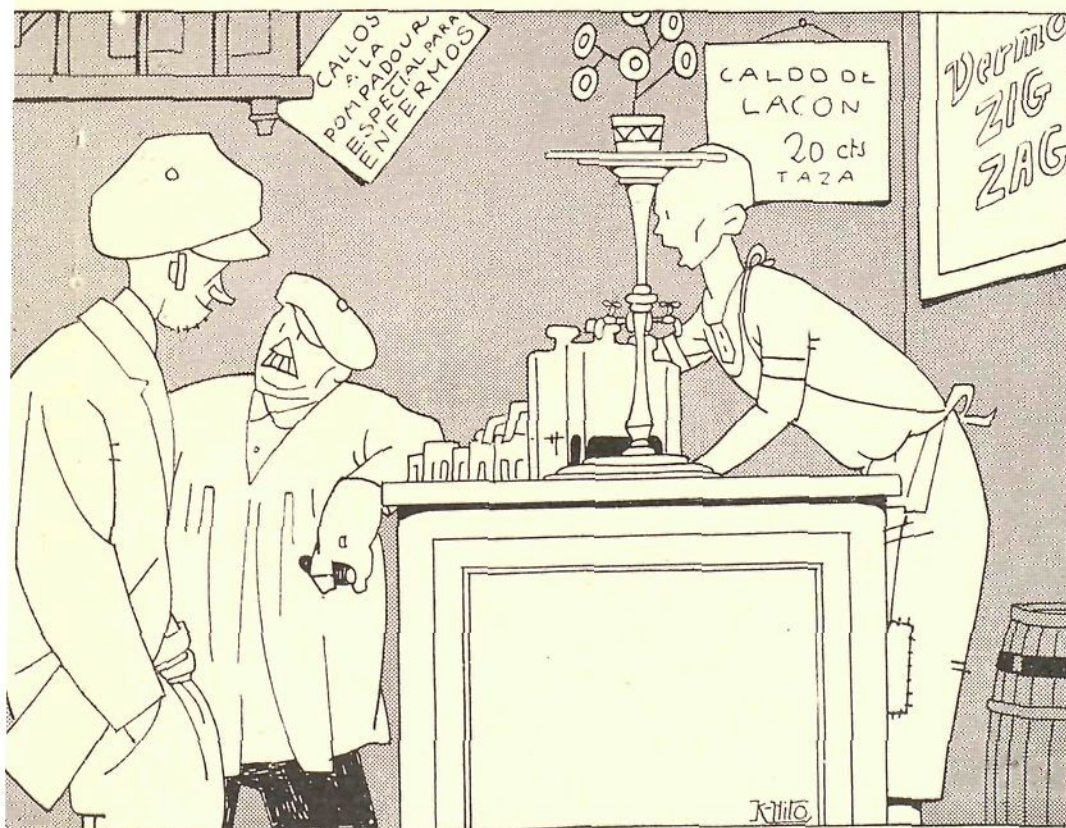
Dicen que va a ser la próxima una temporada ruinosa; que van a quebrar diversas Empresas; que cientos de cómicos se van a quedar en la calle antes de enero...

Por lo visto, los dramas van a ser de telón adentro, y los cómicos, al menos, estarán en situación.

Pero, en realidad, nosotros no coincidimos con los que lo ven todo negro; tenemos la esperanza de divertirnos un poco este año.

Por lo pronto, nos han asegurado que el Sr. Santacana realizará una temporadita este año; el anuncio de tan interesante novedad nos obliga a dejar en el olvido las ideas pesimistas. Santacana volverá a hacer *El idiota*, descubrirá nuevos genios, y, por último, dará la gran batalla, como el año pasado en la Princesa...

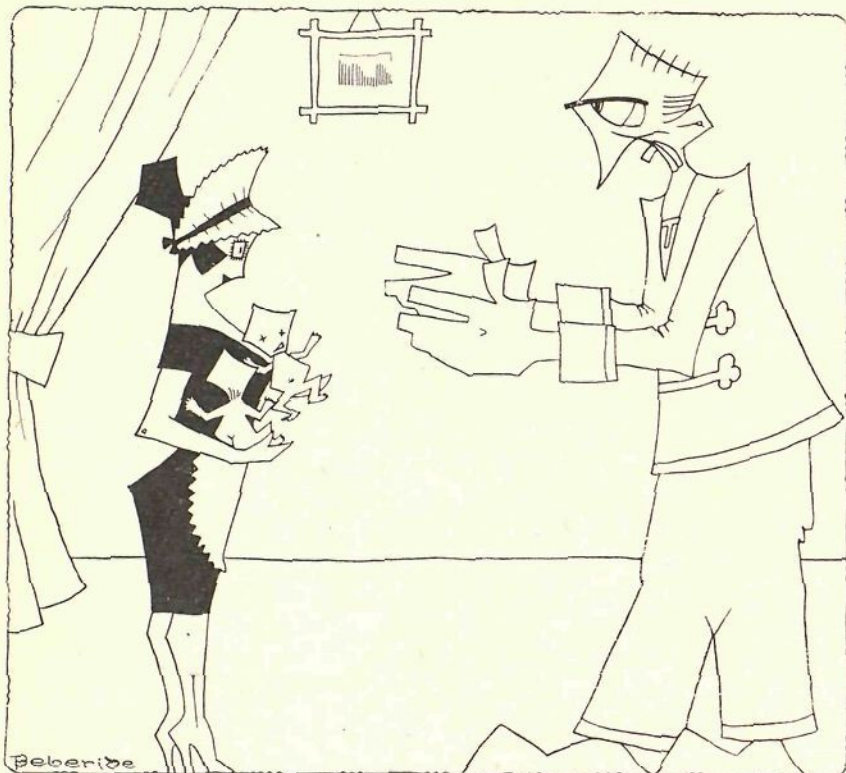
También tendremos este año una compañía de *vodevil* sicalíptico como para chuparse los dedos de gusto. Elena Jordi, la paisana de Enrique Borrás, hará un repertorio en el teatro Olimpia, que seguramente quitará la parroquia al teatro Martín.



Dib. K-Hito. — Madrid.

— Sí, chico; fué algo inenarrable, y al final salieron detrás del Petaca cuatro números de la Benemérita.

— Le cogerán en seguida. Como el pobre no entiende de números...



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

— Son dos niños, señorito; dos gemelos.
— Trae acá..., trae acá los gemelos..., que no veo... de la emoción...

En Apolo dejaremos de ver las zarzuelas montadas conforme al buen gusto del Sr. Vila, que no vayan ustedes a creer que no es un aliciente...

Habrà una excelente compañía de género policiaco, y las obras se escribirán en competencia para ver quién logra hacer una comedia con más desgracias, naufragios, incendios e inundaciones.

Y, por último, como recurso supremo — aparte de que el Sr. Calvo trabajará de nuevo en el Español — nos quedará aún la musa inagotable de D. Pedro Muñoz Seca, de quien nos dicen que ha trabajado este verano como un mozo de carga...

Repetimos, por tanto, que no podemos compartir con la gente el pesimismo de que se halla invadida.

¿Sabemos, acaso, qué nueva comedia habrá escrito el Sr. Linares Rivas? ¿Estamos seguros de que D. Jacinto Grau no estrenará este año alguna producción como las que ya conocemos?

Por de pronto, el ex joven, ex diputado y ex senador D. Emilio Junoy parece que estrenará una ope-

reta en el teatro Reina Victoria. ¿Por qué no ha de estrenar otra el excelentísimo señor duque de Tovar?

Alcemos los corazones. No nos entreguemos tan pronto a la desesperación. Siempre adelante — que diría un explorador.

La vida reserva siempre las más agradables sorpresas.

Aun tenemos la esperanza remota de que el Sr. Martori — el galán de Martínez Sierra — haga un papel en que se le pueda aplaudir. Todavía puede dar el *do de pecho* el simpático Enrique Chicote, que se traslada con sus huéspedes al circo de Price.

Y aun hay más. Nos dicen que el Español presentará este año en el turno de noveles a D. Miguel de Unamuno.

¿Qué iba a ser catastrófica la temporada entrante? ¡Por Dios, señores! Ya han visto ustedes la serie de alicientes que anunciamos por ahora... Y falta aún lo imprevisto...

Decididamente, la gente que anda alrededor de los teatros se ahoga en un vaso de agua...

JOSÉ L. MAYRAL.

TITIRIMUNDILLO

La última moda en baile es el «paso de camello».

Suponemos que el camello, en compensación, se dedicará a dar conferencias en los Centros científicos y literarios.

Se habla de una nueva Conferencia diplomática que ha de celebrarse en Venecia.

Los asuntos no se arreglarán; pero los diplomáticos se están aprendiendo la geografía prácticamente.

De un revistero taurino en Bilbao: «En la corrida de ayer vi a un torero tan largo como Marcial Lalanda.» No, hombre; el torero largo es Nacional II o Maera. ¿Dónde tiene usted los ojos?

«Los indios quieren la independencia.»

¿Para qué? De todos modos van a continuar haciendo el indio.

Entre toreros:

— Pues yo no toreo hasta que se arregle el conflicto de la madera.

— ¿Qué más te da?

— Tú verás. Si el toro me persigue, ¿cómo tomo yo las tablas?...

En Maxim's:

— ¿Qué te dijo ése cuando le hablaste de la cuestión de dinero?

— Pues que la resolvería volando.

— ¿Y qué ha hecho?

— Marcharse en aeroplano.

Piropo para dicho a una empleada de Correos:

— ¡Viva su cuerpo, y el Cuerpo a que pertenece su cuerpo!...

En Granada fueron agredidos los vigilantes de aguas.

Es decir, ¿que las palabras fueron mayores?

Por lo visto, las aguas también lo eran.

«Los Estados Unidos tienen agarrada a Europa por el estómago.»

Entonces, eso no se arregla con la diplomacia, sino con bicarbonato.

— Los baños no siempre sientan bien. Un compañero de oficina se marchó a tomarlos bueno y sano, y ha vuelto con un ojo hinchado.

— De las aguas, ¿eh?...

— No; de un puñetazo que le atizó el fondista por motivo de la cuenta.

«Mucho se ha hablado de la Universidad de Salamanca; pero mucho más se hablará de la escuela taurina.»

¡Indudablemente! Como que tiene la ventaja de que en ella no mangonea Unamuno.

EL HEREDERO

(CUENTO)

Fernandito Paz, hijo de don Fernando Paz, era una de nuestras conmisericordias.

Nunca llevaba a la Universidad unas botas nuevas ni un traje de su medida y limpio de manchas. Las cintas de sus sombreros estaban pasadas, y los forros, mugrientos. En rara ocasión llevaba una camisa limpia; los cuellos le duraban meses y meses. Hay la sospecha de que algún día fué a clase sin calcetines. Nunca pisaba un café, ni un billar, ni un teatro, y, sin embargo, su

padre era uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Tan rico era como avaro y miserable. Se contaban de él mil detalles y mil anécdotas; pero, para nosotros, el testimonio fehaciente era su hijo, pálido siempre, con las manos en los bolsillos y pidiendo un pitillo *prestado*.

Aquel chico no había visto nunca una peseta. Lo denotaba su semblante cuando se paraba ante los escaparates de las pastelerías. Todos teníamos más dinero que él en los bolsillos, a pesar de que nuestras familias no tenían, ni con mucho, los millones de don Fernando Paz.

Así vivió el muchacho muchos años, privado de todo, arrastrando por las

calles la suela rota de unos zapatos ancestrales, hasta que un día don Fernando Paz entregó su alma al diablo, bien a su pesar, pues era la primera vez que entregaba algo sin interés.

El hijo heredó todo; y cuentan que, como una tarde se encontrase a un viejo amigo y lo viese éste vestido de nuevo, alhajado y con un automóvil esperando a la puerta de casa, como le preguntase por la causa de aquel repentino cambio de situación, el muchacho le dijo con un suspiro:

— Sí, chico, ya lo ves: don Fernando Paz y su hijo *han pasado a mejor vida*.

José LÓPEZ RUBIO.



— Colombina, al verme, ha huido; pero al tonto de un navajazo lo he dejado listo

Dib. ASSÉNS BARBA. — Barcelona.

LA POLÍTICA PINTORESCA

Los heroicos caudillos.

Eran dos caudillos de la política radical española. No habían luchado en las barricadas por las libertades públicas y por el triunfo de sus ideales; pero en los mítines del Frontón Central y del Liceo Rius había que ver a ambos personajes disparar adjetivos contra la reacción y ametrallar con ironías a las instituciones...

Los dos fueron amigos en otros tiempos. Su amistad se afianzó en los festines republicanos de la época, ante los platos de ternera a la jardinera y de merluza con vinagreta que servían a los modernos rebeldes para hacer cada día un poco de revolución. Esta camaradería se hizo más íntima después de un viaje a París que realizaron a guisa de conspiradores. Aquel viaje terminó rogando al embajador de España que les abonase los billetes de regreso a Madrid.

Y luego, de repente, por pequeños celos políticos, por si uno tenía más popularidad que el otro, o por si éste cobraba más subvenciones que aquél, la ruptura, la enemistad, el odio a muerte. Los dos caudillos

se atacaron con bríos, se injuriaron en la Prensa, se asaetearon en el Congreso. Llegó un momento en que la pelea de ambos ilustres revolucionarios constituyó un divertido episodio periodístico, seguido con tanto interés como los folletones de *Rocambole* o las aventuras de *Juanito y su perro*.

Cierta vez, X, uno de los caudillos, publicó en su periódico una tremenda diatriba contra Z, su rival. Era algo no visto hasta entonces, una inconcebible serie de dicterios crueles y de ironías punzadoras. A Z le llegaron al alma los insultos. Quiso batirse con X, y resultó que X no estaba en Madrid. A la otra mañana, el periódico de Z decía:

«Ese mamarracho de X insulta a nuestro jefe desde lejos, poniéndose en fuga de antemano. La estratagema no ha de valerle. Algún día regresará a Madrid, y cuando ese día llegue, quedarán saldadas todas las cuentas.»

El órgano de X se creyó en el caso de contestar a las amenazas de X en la siguiente forma:

«El periodicucho de ese grotesco Z se permite anoche amenazar a nuestro amigo X. Además, Z va diciendo por los cafés que le matará en cuanto sepa que está en Madrid.



EL DIÁLOGO DE LOS PECES

Dib. METZ. — Madrid.

- ¡Huyamos, mamá!... ¡Fíjate qué bicho más raro!...
- ¡No tengas miedo, tonto!... ¿No ves que es el sereno?...

¡Qué espanto! Pero, en fin, para que el granuja de Z no se moleste en buscar a X, le anunciaremos el día que X llegará a la corte.»

Desde Zaragoza, adonde fué en viaje de propaganda, X enviaba a sus leales telegramas alentadores: «Muy bien, valientes! ¡Duro con ese imbécil!» Los leales, a su vez, le telegrafiaron: «Gracias por los elogios; pero díganos fijamente el día que llega a Madrid, para decírselo a Z y que vea que no tenemos miedo...»

Y X, naturalmente, no tuvo más remedio que contestar:

«Llego el miércoles, en el expreso.»

El martes decía el periódico de X: «Mañana, en el expreso de Barcelona, llegará a Madrid nuestro ilustre amigo y jefe, el señor X. Se lo comunicamos al señor Z, por si le interesa la noticia.»

Aquella mañana estaban animadísimo los andenes de la estación de Atocha. Por si acaso, habían acudido allí todos los amigos leales de X y todos los de Z. Formaban nutridos grupos, convenientemente apartados. Unos miraban hacia el semáforo, esperando la indicación de que llegaba el expreso. Otros no apartaban los ojos de la puerta de entrada, ansiando que el señor Z penetrara en el andén.

Llegó el convoy, por fin, y Z no apareció. Los amigos de X respiraron: «¡Z había tenido miedo! ¡Qué mal había quedado Z!» En seguida se lanzaron a buscar a X por todos los vagones, entre la masa de viajeros que abandonaba los coches...

¡Oh decepción! ¡X no venía! Los amigos de Z, que se habían quedado cariacontecidos, comenzaron a sonreír con picardía. Los correligionarios de X se consolaban pensando: «¡Menos mal que Z no vino! ¡Si llega a venir!...»

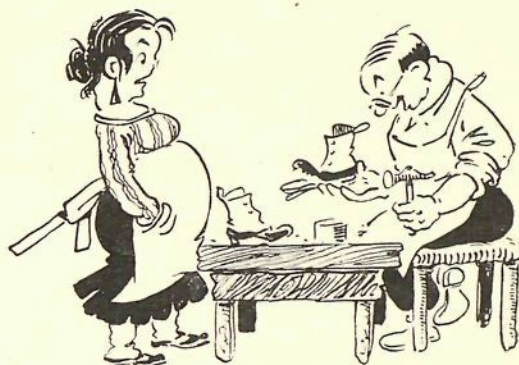
Aquella misma tarde acudieron al Congreso el señor X y el señor Z. Parece extraño, ¿verdad? Sin embargo, la explicación fué sencillísima. El señor Z había tenido una repentina indisposición, que le molestó durante toda la mañana, y de la que se alivió al mediodía. En cuanto al señor X, había llegado a Madrid en el expreso de Barcelona; sólo que, por comodidad, se apeó en la estación de Vallecas...

TARTARÍN

LAS CANCIONES DE MODA



Vaya usted al cabaret; verá usted cómo bailan el fox-trot.



La culpa fué de aquel maldito tango!



Mi triunfador. ¡Es mi hombre!



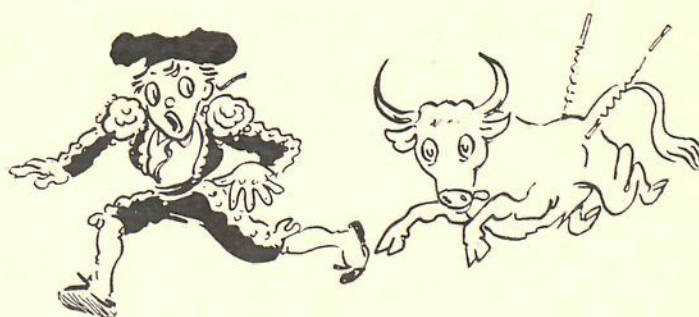
¡Oye..., Nicanora!



¡Esta es la mujer que quiero!



¡Sus negros ojazos en mi alma clavó!



¡Flor de España, linda flor de España!

ORTIZ

Dib. ORTIZ. — Madrid.

LAS GAFAS DE CAREY



Por lo que se sabe, quien inventó estas gafas morrocotudas, que usan hoy desde el aristócrata hasta el herrero distinguido, fué Fo-Tu-Go, mandarín lleno de sabiduría, que encontró en esas gafas la perfecta caracterización del

sabio. Y no las ha inventado Fo-Tu-Go recientemente, sino hace muchos siglos, llevándolas casi todos los sacerdotes de Buda en las procesiones y en los actos del culto.

Entre nosotros, Quevedo, Covarrubias, el cardenal Mendoza y otros hombres de pro, retratados en los retratos oscuros y abrumadores, aparecían ya con esos cercos gruesos alrededor de los ojos.

¿Cómo han podido cundir tanto? ¿Cómo no ven los que las llevan que se disfrazan de buhos tristes?

Todo el mundo está profesando esas

podían vender con nariz y bigote como las de carnaval.

Todo hombre con gafas de éstas toma una petulancia especial, y se circunscribe en un egoísmo torpe y como con anteojeras de burro.

Es irritante ese subrayado excesivo de miradas, que son con evidencia simples y pazguatas por lo general. Toda mirada con gafas de carey no se atiene al concurso de las categorías, sino que se cree primera categoría porque sí.

Redondean los errores en que están metidos los jovencitos y casi privan de desarrollo a sus miradas.

En vez de disimular, procurando que sea transparente y sencilla, la necesidad de unos cristales delante de los ojos, les pone marco de ventana muy cerrada, de ventana obscurantista y recelosa.

Tiene que pasar esa moda de las gafas de carey, que da una uniforme pedertería a los ciudadanos del presente.

Es insoportable ver la adustez y la intransigencia que toma un obrero con gafas de carey. Resulta la soberbia más soplada y vana. Hay que volver a los

otros, los que no tenemos gafas ni lentes de ninguna clase, no acabamos de ver.

Sólo los ciegos sienten un parecido desdén hacia los que tienen buena vista.

Las gafas de carey no sólo privan a la vista de espontaneidades esclarecedoras, sino que parece que privan de oír y comprender.

¡Qué difícil discusión la que podamos tener con un hombre dotado de esa clase de gafas!...

No nos entenderá; tendremos que repetir las primeras premisas veinte veces, y sólo en ese momento humano en que se quita las gafas para limpiarlas cachazudamente con su pañuelo, es cuando se da cuenta de algo de lo que se le ha querido decir:

— ¡Ah!... ¡Vamos!... Sí; eso sí...

— ¡Acabáramos!... Pues eso es lo que le he estado diciendo desde el principio, sino que hasta ahora ha tenido las gafas puestas...

Los adolescentes con gafas de carey son más adolescentes aún, y sus locuras, sus ínfulas, su equivocada idea de la vida, su pretensión de que padre les debe dar mucho más dinero del que les da, serán cosas más violentas y llenas de un instinto más fuerte.

Todo padre que ame su tranquilidad debe prohibir en su casa las gafas o los lentes de carey.

Una mujer con gafas de carey para la calle, es la mujer que se ha puesto por montera al hombre, y, sin embargo, lo busca como con cristales de aumento. La bruja que se esconde en la mujer, saldrá a relucir en la mujer con gafas, y sus comadrerías serán peores, más cicateras, más mordientes, más calumniosas.

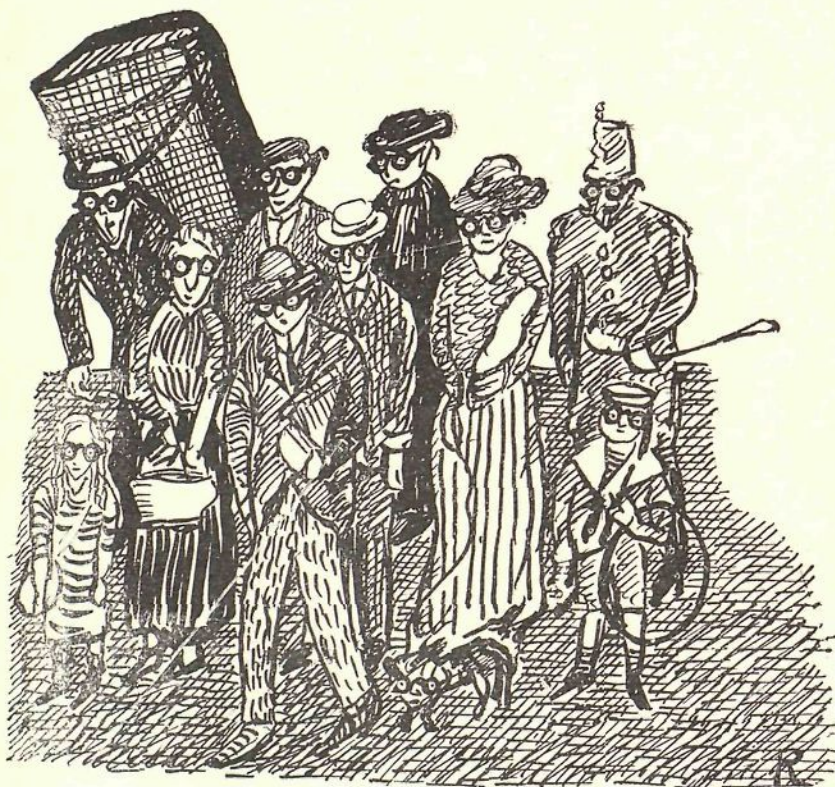
Odio solapado a la Humanidad, vanidad y altivez de cortos de vista, y egoísmo tonto, bastardo y protervo, son los vicios comunes que anidan característicamente en las gafas de carey.

Dejemos a unos cuantos seres privilegiados, de reconocida prosapia intelectual, que usen las solemnes gafas sacerdotales, tan litúrgicas como las mucetas o las cruces pectorales. Que sea atributo concedido al talento que se destaque con la anuencia de bastantes.

Respetemos desde luego las de don Ramón del Valle-Inclán, magnífico señor de horca y cuchillo, obispo y claro varón galaico, que tan gran eminencia es en el arte del decir y del sugerir. Las gafas de carey de D. Ramón son tan terribles, que llegan a ser las gafas de un fantasma.

Don Ramón sabe mirar a través de ellas como a través de misteriosos catalejos de brujo, y se las quita y se las pone con gesto cigüeñil o gesto de pelicano de fábula, de aquellos que dibujaron en actitud de charlar y leer un libro los grandes ilustradores de los libros de premio para los niños.

Las gafas de carey de D. Ramón miran como lupas, investigan, observan al reo; y por eso D. Ramón alterna con sus miradas a través de las gafas otras



gafas, y da pánico ir por las calles viendo tantos inquisidores sombríos, que nos dirigen miradas orladas de luto.

«No sea tan pretenciosa y farfullera vuesaerced, y quítese tan gran estorbo de la cara», les diríamos — dándoles el tratamiento antiguo que están pidiendo sus gafas — a esos enmascarados con gafas de carey, gafas grotescas, que bien se

cristales engarzados en finos cintillos de oro. ¡Qué ingenuos resultan los que usan aún esas gafas bondadosas de fina penetración dentro de su franqueza!

Acabe ese gesto de ir a ver grandes cosas que tienen los que usan gafas con gran montura de carey, pues resulta impertinente que parezcan ir descubriendo cosas profundas y tremendas que nos

miradas por encima de los arcos de carey, como queriendo ver con más ternura lo que ellas ven descarnadamente, y como queriendo ver con curiosidad ingenua lo que las gafas ven de un modo inexorable.

Que permanezcan muchos años sobre la faz de D. Ramón las gafas de carey, porque D. Ramón merece esa excepción, ¡caray!...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustración del escritor.

OPINIONES DE UN SALVAJE

Yo tenía en tiempos un amigo salvaje. Hace años le perdí de vista, y llegué a creer que hubiese muerto. «Acaso haya perecido en la guerra defendiendo a la civilización — pensé alguna vez —. ¡Otras cosas más raras se han visto!»

Pero he aquí que mi amigo el salvaje se ha presentado cuando menos lo esperaba. Ha envejecido un poco, está algo calvo y ya se inicia la línea del abdomen, signo de lejanía de la pubertad. Como si la ausencia hubiera sido de pocas horas, mi amigo el salvaje me dice:

— ¡Hombre, me alegro encontrar-te! ¿Has leído este artículo de Dionisio Pérez? Este señor debe de ser poco mundano, nada frecuentador de restaurantes de moda o de playas con ruleta. ¿Pues no dice que el Gobierno español debería llevar negros a Fernando Poo para cultivar las tierras? ¿En qué siglo vive este hombre? El ser negro representa hoy una verdadera fortuna. ¿Quién puede vencer a un negro? Eso de «suerte negra» y «trabajar como un negro» ha pasado a la Historia. Empezaron siendo elegidos para criados de todos los protagonistas de novelas a lo Fenimore Cooper, porque el criado negro era siempre fiel y sabía descubrir las huellas del pájaro mosca en el desierto. Luego los prefirieron para porteros, *chauffeurs* y hombres anuncio, con grave daño para los guardias civiles retirados. Desde entonces, los éxitos de los negros se sucedieron, hasta llegar al apogeo presente. En el arte del boxeo, que es el arte que tiene más admiradores después del treinta y cuarenta — continúa diciendo mi amigo el

salvaje —, los negros son los primeros; en la música moderna, el *jazz band*, no hay quien compita con ellos. Vea usted: en el nuevo kursaal de San Sebastián hay un negro, virtuoso de la sartén, el cencerro y el revólver, que gana trescientas pesetas por noche...

— Perdona — digo yo —, hay músicos del género antiguo, como, por ejemplo, el autor de *La banderita*, que ganan mucho más por mucho menos.

— En el terreno político — continúa el salvaje sin hacerme caso — los negros avanzan a pasos de gigante. Si todavía en los Estados Unidos suelen linchar a un negro, es porque los yanquis ven muy negro el porvenir de la raza blanca. Recientemente estuvieron en París los jefes negros de las posesiones francesas en Africa. Millerand les invitó a una recepción en el Eliseo, y los jefes negros llevaron una corona a la tumba del soldado desconocido. «¡Quién sabe! — pensarían —. ¡A lo mejor era negro!» Uno de los jefes negros encontró en los bulevares a una dama blanca con la falda corta. Verla y lanzarse a las pantorrillas, todo fué uno. «¡Esto es bueno! — decía —. ¡Esto no lo tenemos en el Senegal!» En efecto: la República les ha dado ajeno a los negros;

pero todavía no ha llevado mujeres blancas al Senegal para regalo de los naturales. Y como el marido de la señora cuya anatomía quería reconocer el jefe negro, protestase de la audacia, la mujer le tranquilizó diciéndole: «¡Déjale; es un héroe, un bravo!» A lo que asintió un patriota: «Caballero, piense usted en el Marne.» Hasta en España empiezan a reconocer la importancia de ser negro. ¿Has leído un libro que habla de un negro que tenía el alma blanca? Lo cual viene a demostrar que la cara no es el espejo del alma. En fin, que ser hombre de color vale por muchas cualidades, como lo prueba el éxito obtenido por *Batuala*, novela negra. Eso sí, no basta ser morenito como Linares Berceira, es preciso ser completamente negro, cuanto más negro mejor.

JAVIER BUENO.



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— Le presento al único superviviente del Cascarilla.
— ¡Muy bien!... Por el modo de presentarse, se ve en seguida que es un desahogado.

CAÑO LIBRE

Leo:

«Kermesse de San Cayetano.»

Y el anuncio me deja como si estuviera viendo visiones.

Ni lo de kermesse pega con lo de San Cayetano, ni San Cayetano con la kermesse.

Los hijos de los chulos y nietos de los *manolos* se me están europeizando más de la marca. Y ¿adónde vamos a parar por ese camino? ¿A que haya *jazz-band* en la Bombilla y se baile *fox-trot* en la Fuente de la Teja?

Pues si a los ebanistas de la calle del Bastero y a los peones de albañil de los Cuatro Caminos les da por hacerse *pollos bien* y peinarse *pa atrás*, ya nos podemos ir a Nueva York, donde dicen que estamos de moda, a buscar algo típico.

Tendría que ver que el día menos pensado se encontrara uno en la sección de espectáculos de los periódicos con un anuncio del tenor siguiente:

«Ventas del Espíritu Santo. Gran *five o'clock tea* en el mendero de La Gloriosa. La acreditada pareja Lorenza-Bernardino bailará entre las mesas. *Menuses* variados. Consumación mínima, 0,15.»

No, no; nada de kermesses. O San Cayetano no admite *kermes*, o deja de ser San Cayetano. Y si no hay más remedio, llamémosla *cremés*, para disimular un poco.

✂ ✂ ✂

El Yachting Club belga (ustedes no sabían que había en el mundo semejante cosa, ¿verdad?) ha resuelto celebrar una Conferencia con el fin de crear una Federación internacional de propietarios de yates de regatas.

Y ha invitado a España, como era de esperar, porque el Yachting Club es muy fino y, a pesar de aquello de la estatua de Ferrer, nos aprecia mucho.

Supongo que asistiremos debidamente representados, porque si hay algo importante de verdad, son los yates de regatas, y ¡quién sabe los beneficios que puede reportar a la Humanidad esa Federación de propietarios!

Lo malo será que al Estado le cueste la broma algún dinero; porque como es en eso en lo que suelen parar todas las Conferencias...

Y a propósito del Estado que lo paga todo: con motivo de la última huelga de Correos — última, por ahora, porque en el querer y el holgar todo es empezar —, se han dicho y escrito cosas muy peregrinas. Una de ellas es la siguiente, que copio al pie de la letra de un diario importante:

«Lo que se piensa hacer, para no causar perjuicios al país, es no matar los sellos de ninguna clase de correspon-

dencia y cursar toda la que llegue a las centrales, tenga sello o no. Con ello se atenderán las servicios en toda su amplitud, y sólo saldrá perjudicado el Estado, que dejará de percibir unos ingresos superiores a cinco millones de pesetas diarias.»

Muy bien. Así, a primera vista, la idea parece una verdadera diablura; pero vamos a cuentas: el Estado, ¿quién es? Porque si los ciudadanos que recibieron con júbilo la noticia, pensando que se iban a pasar una temporada escribiendo a los amigos gratis, se figuran que el Estado se compone de los Sres. Piniés y Sánchez Guerra exclusivamente, se equivocan de medio a medio. Y si es verdad que lo de privar al Tesoro público de un ingreso de cinco millones se hace para no perjudicar al país, la gedeonada es de órdago a la grande.

Porque el Estado es el país, y no los ministros, y los que gozan suponiendo que se ahorran el importe de unas cuantas cartas..., al fin y a la postre las han de pagar todas juntas.

De manera que, para otra vez, ya lo saben ustedes.

✂ ✂ ✂

Entre los conspicuos que han hecho declaraciones políticas, vaticinios y cábalas durante el conflicto postal, figura, como no podía menos de suceder, el Sr. Lerroux.

Mala señal es que D. Alejandro crea que va a seguir siendo un personaje de importancia, cuyas opiniones se aprecien en algo, porque eso indica que piensa que los españoles han perdido en un par de meses la memoria..., y puede que acierte.

¡Tendría que ver que, después de tantas alharacas y protestas contra las dietas de los diputados, hubiera un distrito que se atreviera a elegir como representante al jefe de la pandilla!

No; el Sr. Lerroux no debe cobrar jamás las doce mil pesetas; y si las cobra alguna vez, cada uno de sus electores debe ponerse una faldita de percal y dedicarse a fregar los suelos.

¡Pues no faltaría otra cosa!

✂ ✂ ✂

Habíamos quedado desde hace siglos en que el perro era el fiel amigo del hombre, ca-



Dib. MANZANEDO. — Madrid.

El general Burguete, alto comisario de España en Marruecos.

riñoso, leal, dócil y firme y constante en sus afectos; y... hay que enterarse del reciente bando de la Alcaldía y de las flamantes órdenes de la Dirección de Orden público, para comprender cómo trata el hombre a sus amigos.

¡No se ha visto jamás mayor crueldad
ni más terrible ensañamiento!

El alcalde aumenta el honorable cuerpo de laceros para que arrastren por la vía pública a cuantos perros encuentren y los asesinen villanamente a las veinticuatro horas; el director general manda a los guardias que los persigan a machetazos por calles y plazas a todas las horas del día y de la noche, y ambas autoridades amenazan con la multa y la cárcel a las almas compasivas que traten de oponerse al degüello.

El miedo a la hidrofobia es respetable; pero el espectáculo no puede ser más bochornoso. Carreras, aullidos, cuchilladas, sangre, grupos de chiquillos que brincan y retozan recreándose en la agonía de los pobres perros macheteados, público numeroso que aplaude el arrojo y la actividad de los guardias, o que los silba despiadadamente, según caigan las pesas... ¡Una verdadera fiesta salvaje, propia de hordas feroces!

Pero como, por lo visto, no hay otra forma de combatir la rabia...

SINESIO DELGADO.



DIVULGACIONES PINTORESCAS

Los grandes inventos.

EL AUTOMÓVIL

«El automóvil, mamá,
es una cosa
que sorprende a los hombres, mamá,
y es prodigiosa.»

Así definían el automóvil allá por el año 1900 los autores de *El último chulo*. Es bastante imperfecta la definición. Por otra parte, el automóvil no tiene nada de moderno; sobre todo el automóvil antiguo.

Juan Theson, en 1644, inventó «una carroza de cuatro ruedas que se movía sin ningún caballo, solamente por dos hombres sentados en ella».

Seguía a este invento el de la carroza con resortes de relojería, que el amigo Vaucanson hizo evolucionar ante Luisillo XV de Francia, en 1748; y poco después, en 1770, José Cugnot, un ingeniero lorenés muy castizo, inventó y construyó el primer «coche de vapor» para la artillería pesada, cobrando por su invento la pochez de 20.000 libras. Y de ahí paso a paso hemos llegado al automóvil moderno, del que puede decirse que «es un coche



LOS POLLOS «BIEN»

Dib. BILBAO. — Madrid.

— Chico, Madrid está regio! ¡El plan padre!...

— Pues aquí, ya verás: El Plan-tío...

de cuatro ruedas que se mueve sin ningún caballo». Lo que no se puede decir es «que se mueve sin ningún animal», porque en seguida nos desmentirían en cualquier sección de «sucesos».

La Humanidad debe grandes beneficios al autocamión, y los madrileños especialmente. Si los automóviles no se encargasen de eliminar mensualmente de la circulación doscientos o trescientos ciudadanos, sería difícilísimo y enojosísimo el tránsito por las calles.

Por otra parte, el automóvil proporciona extraordinaria clientela a los especialistas del corazón. Entre sirenas, *claxon's* y pitos propagan la taquicardia que es una delicia.

La última palabra en automóviles es el camión. Un camión que se tenga en algo, elimina él solo más transeúntes que siete «mercedes». Y eso que hay «Mercedes» que, puestas a eliminar, se quedan solas. El aplastamiento por autocamión es el último grito; y es el último grito, porque al que le pillan no vuelve a dar otro. Con algo de filosofía por delante, debemos bendecir al autocamión. Sin él, habría mil o dos mil madrileños más todos los años; y si los que somos no podemos vivir, ¿cómo ibamos a vivir, viviendo dos mil vivos más?

¡A ver qué vida!...

F. RAMOS DE CASTRO

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS CABALLITOS MISTERIOSOS, por Camí.

CUADRO PRIMERO

¡Pobres feriantes!...

(La escena se desarrolla en un tíovivo.)

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA (a su mujer). — El negocio marcha mal. El público abandona los caballos de madera por las barracas de los automóviles y aeroplanos.

LA DUEÑA DE LOS CABALLOS DE MADERA. — No nos quedan más que tres abonados constantes.

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA. — Sí; los tres viejos vueltos a la infancia, que acuden todos los días.

LA DUEÑA. — Para colmo de desgracias, al caballo que hace dar vueltas a nuestro tíovivo se le tras-

torna horriblemente el corazón apenas gira más de tres minutos en el mismo sentido.

EL DUEÑO. — Como que he de cambiarle constantemente de dirección para evitarle mareos.

LA DUEÑA. — Esos cambios obligan a los parroquianos a marchar de espaldas. Nuestros tres abonados se quejan: conceptúan peligroso cabalgar hacia atrás, porque no ven dónde van.

EL DUEÑO. — ¡Es desesperante!... Las entradas disminuyen, y me he visto precisado a vender mis caballos auténticos a la carnicería.

(Llegan corriendo los catorce hijos del dueño de los caballos de madera.)

EL MAYOR DE LOS CATORCE HIJOS. — Nuestro viejo caballo *Luciano*, que hacía girar a nuestro tíovivo, ha muerto intoxicado. Acaba de ser mordido por el hombre de la barraca de enfrente.

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA. — ¿Por quién?

EL MAYOR DE LOS CATORCE HIJOS. — ¡Por el *Hombre serpiente*!

CUADRO SEGUNDO

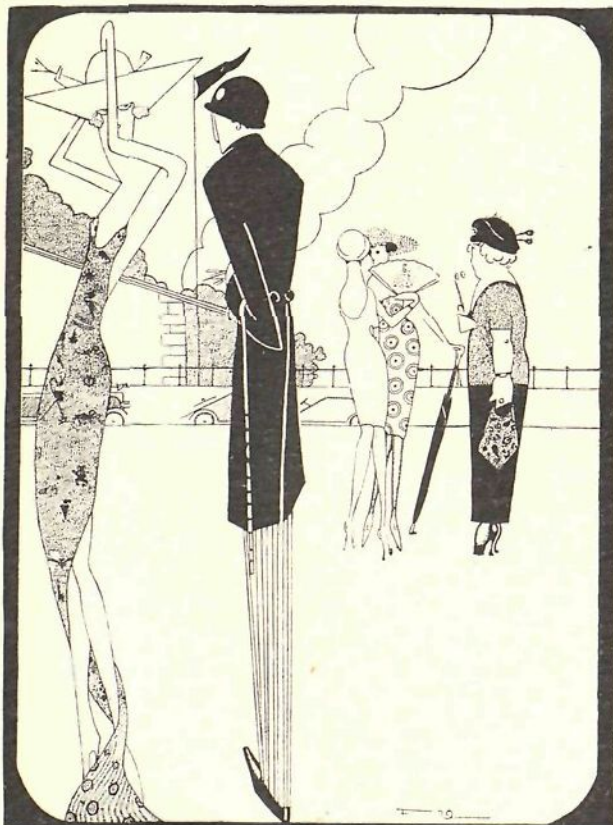
Los parroquianos.

(La misma decoración.)

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA. — *Luciano*, nuestro buen caballo, ha muerto. Hoy es jueves... Los parroquianos van a llegar... ¿Qué hacer?...

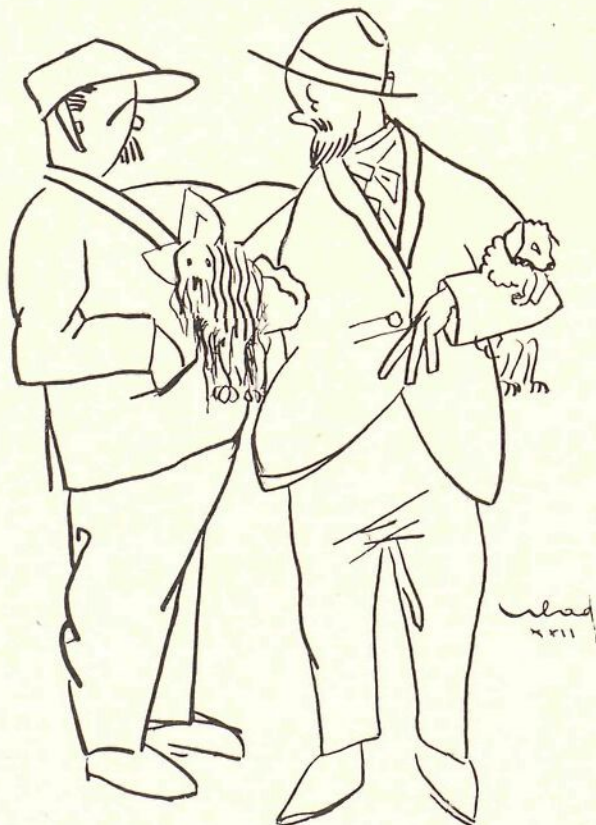
LA DUEÑA DE LOS CABALLOS DE MADERA (después de reflexionar). — De la casa de fieras que dirigíamos otras veces, nos queda todavía una vieja tortuga de mar. Quizás pudiera reemplazar al caballo y mover el tíovivo.

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA. — Veo a nuestros tres abonados que se dirigen hacia aquí. Co-



Dib. ANSUÁTEGUI. — Zaragoza.

— Habrá tenido hermosos ojos la marquesa...
— Sí. Las niñas demasiado verdes.



Dib. ABAD. — Valencia.

— Oye, Cipri: ¿tienes cambio de una peseta?
— No; no tengo más que dos perros chicos.

rrero a uncir a la tortuga. (Los tres viejos montan en los caballos de madera.)

ABONADO RIMERO (*sacando su reloj*). — Hace justamente tres horas y veintisiete minutos que estamos a caballo y no hemos andado más que un cuarto de vuelta.

ABONADO SEGUNDO. — Nunca llegaremos.

ABONADO TERCERO. — Si esto continúa, renuncio al abono.

CUADRO TERCERO

Suprema inspiración.

(La misma decoración.)

ABONADO PRIMERO (*sacando su reloj*).—Hace justamente siete horas y treinta y tres minutos que estamos a caballo y no hemos andado ni siquiera la mitad de una vuelta.

ABONADO SEGUNDO. — Nunca llegaremos.

ABONADO TERCERO. — Si esto continúa, renuncio al abono.

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA (*aparte*). — Tengo el presentimiento de que mis parroquianos no están satisfechos; sin embargo, la tortuga pone de su parte cuanto puede. ¿Qué imaginaria para hacer girar a mi tiovivo más de prisa?

La palabra *girar* ha despertado en su cerebro la inspiración providencial. Llama a su mujer y a sus catorce hijos y sube con ellos sobre la cubierta del tiovivo. Los coloca uno al lado de otro, formando círculo, con las manos apoyadas en la techumbre, en la posición de los espiritistas delante de un velador. Al cabo de diez minutos, el tiovivo comienza a girar rápidamente. Los parroquianos, satisfechos, renuevan su abono. El dueño de los caballos de madera pone en su artefacto un cartel donde se lee: *Caballos espiritistas*.

M. V.

CHARIVARI

*Tira ya la abuja,
que no se merece que trabajes tanto
ese tío granuja.*

—¿Cuál es el futuro del verbo robar?
—Ir a la cárcel.

*Tienes las entrañas negras:
me empeñas un cobertor,
y vendes la papeleta.*

*De las memorias de un explorador:
«... Conquisté una isla desierta des-
pués de matar a sus habitantes.»*

*Tres cosas tan sólo
yaman mi atención:
las mujeres gordas, los biyetes grandes
y toíto el que toca el acordeón.*

¿Se explica usted que un limpiabotas necesite nada menos que un salón para su modesta industria, y, en cambio, un odontólogo se conforme con un gabinete?

*No me se orvia, chiquilla,
er día del aguasero,
en que a los ojos del otro
pasé por el serrajero.*

Tanto me choca que un tonto diga algo razonable, como ver galopar a un caballo en la plaza de toros.

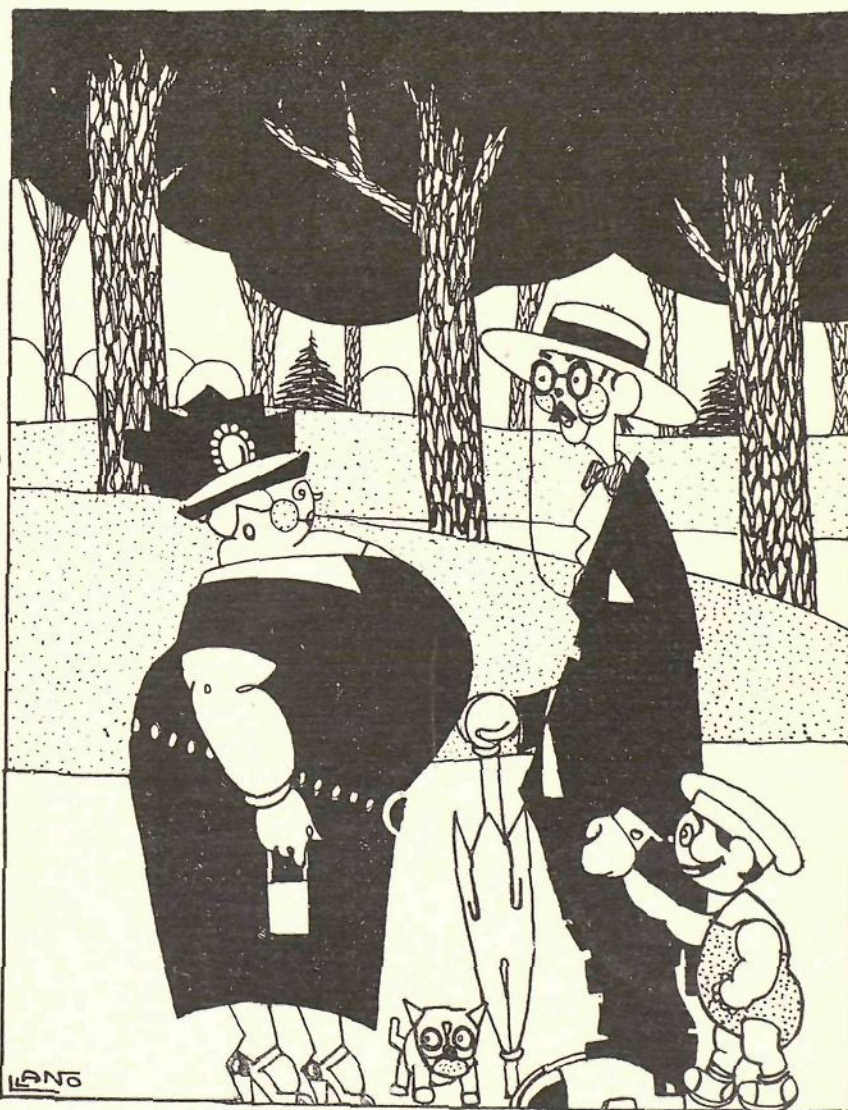
*Cuando me haya muerto,
si me besa en la boca mi suegra,
juro que la muerdo.*

Entre todos nuestros políticos, el mejor pintor es Maura.

*No me cabe en la cabeza
como no tie mil estatuas
el que inventó la taberna.*

*Si te hacen mal, sé compasivo;
'si te hacen bien, agradecido.*

ANTONIO QUEVEDO DOCE.



Dib. LLANO. — Madrid.

— ¿Por qué me miras tanto, monín?

— Porque me ha dicho papá: «Por allí viene doña Dorotea, que parece una cacatúa.»

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Benigno Optimista. — Son varios los señores que, como usted, se quejan de que no ayudamos a los espontáneos. ¿Qué entiende usted por espontáneos? ¿Quiere usted que publiquemos todo lo que recibimos? En los cuarenta números que llevamos publicados, no hay uno solo en el que no figure el nombre de un artista desconocido para el público, antes ver sus trabajos en BUEN HUMOR.

Para refrescarle a usted la memoria, publicamos a continuación la lista de los colaboradores que hasta la fecha han honrado nuestra revista con sus producciones. Léala usted con detenimiento, y verá cómo, al lado de los más prestigiosos dibujantes y escritores, figuran los nombres de muchos señores de cuya existencia no tenía usted la menor idea:

DIBUJANTES. — Abad, Abela, Acilu, Alcalá del Olmo, Alonso, Alpha, Allón, Ansuátegui, Antequera Azpiri, Apa, Arteta, As, Asséns Barba, Bagaría, Barbero, Barradas, Bartolozzi, Bat, Beberide, Bellón, Bergstrom, Bilbao, Bluff, Bradley, Bujados, Cabanes, Calvo, Camacho, Casero, Casin, Castany, Casteig, Castillo, Castro Soriano, Ce-eme-ese, Celso, Cerezo Vallejo, Cisneros, Conesa, Cuesta, Cyrano, Chesk, Demetrio, Díaz, Díez, Dolfos, Dorito, Ernesto Durán, Echea, Efe, Egui, Ernesto, Esplandiú, Fedgaldó, Ferrero, Fresno, Garay, García, García Cuervo, Garrán, Garrido, G. M., Godínez, Ibáñez, Izquierdo Durán, Jaime, Juan Luis, Kaolín, Karikato, Karl, K-Hito, K-Mus, Látigo, Lasa, León, Linage, López Padilla, López Rubio, Loscar, Los dos, Luis, Llamas, Llano, Manzanedo, Manchón, Marín, Marín Feria, Márquez, Martín, Mateos, Mazzini, Mel, Melendreras, Menda, Méndez Alvarez, Menéndez Campillo, Mezquita, Miciano, Miguel, Miret, Mohammed, Mondragón, Muro, Nando, Navasol, E. H. Nunes, Ochoa, Oda-riel, Ozores, Passarell, Pellicer, Penagos, Pepe, G. Pérez Durán, Pérez Muñoz, Pini, Prat, Ramírez, Rapha, Reinoso, Reyes, Ribas, Rico Laguna, Rivero Gil, Robledano, Roldán, Roque Joffe, Royo, Sánchez Vázquez, Sérvulo, Sileno, Sirio, Sota, Suriram, Tatito, Tete, Tito, Tono, Tovar, Ubieta, Uribe, Valls, Vercher, Víctor, Ximen, Zamora, Zapata y Zurro.

LITERATOS. — Abril, Adame Martínez, Andicoberry, Asenjo, Astrana Marín, Bel-da, Bonnat, Calvo Roselló, Cándido el Pesimista, Caravia Hevia, Casero, Miguel de Castro, Comenge, Cuenca, Sinesio Delgado, Díez de las Heras, Durante, Espina, Esteban, Esteban de Vera, Fernández Flórez, Ferrán, Francés, Galán, García Iniesta, García Sanchiz, Gascón, Gómez de la Serna, Gómez Renovales, González Fiol, Grifol, Jardiel Poncela, Juan del Ebro, Julio Romano, Linares Rivas, López Marín, López Montenegro, José López Rubio, Lorente de Urraza, Fernando Luque, Marín Alcalde, Ramiro Merino, Moreno, Navarro-Serrano, Paco López, Pantorba, Pérez Camarero, Pérez Zúñiga, Plañol, Polo, Quiroga Pla, Ramos de Castro, Rodero, Rubidio Tartarín, San José, Sánchez Calvo, Sánchez Carrere, Sánchez Rojas, Santa Ana, Soriano, Luis de Tapia, Timarnez, Tirso Medina, Teodoro Plantilla, Troya y Venegas.

Si esto no es ayudar a los espontáneos, díganos usted cómo hemos de hacerlo, pues estamos dispuestos a complacerle para que no lleve usted a cabo la horrenda resolución con que nos amenaza en el último párrafo de su misiva.

¡Ah!... Todos los señores premiados en nuestros concursos han cobrado los premios ofrecidos, como puede usted comprobar en nuestra Administración por los recibos de entrega.

Los autores de chistes malos, aunque sean muy originales, no cobrarán jamás de nuestro semanario. Claro que esto de decir si un trabajo es publicable o no, nos va usted a permitir que, por ahora, sea de nuestra exclusiva incumbencia. Cuando cambiemos de modo de pensar, ya contaremos con usted para que nos asesore.

F. N. Madrid. — Su argumento de película trágica, *La reina de las aguas*, que tan ingenuamente nos envía, es todo un caso de inconsciencia.

J. F. Madrid. — Vale muy poco. Si nos envía usted más cosas, puede hacerlo en la misma disposición.

Onáter. Guadalajara. — También vale poco lo de usted, a nuestro modesto juicio. Puede usted insistir.

J. M. G. (Boxeador). Madrid. — Empezó usted pegando bien; pero decayó algo en los dos últimos rounds. Total: *match nulo*.

L. C. A. Málaga. — **C. L. L. Madrid.** — No sirven sus versos.

El Pésimo Humorista. Granada. — Hace usted honor a su seudónimo.

Figarito. Sevilla. — **Sinapismo. Madrid.** **V. B. Madrid.** — **M. L. Madrid.** — No sirven. Otra vez será...

Sanchis. Valencia. — No vale.

J. M. A. — Se publicará.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

BUEN HUMOR

L. de G. Madrid. — ¿Para qué nos manda el amigo esas cursilerías sentimentales?

H. S. Baden-Baden. — **Mas. Madrid.** — **F. R. de A. Madrid.** — **Crooke.** Aceptados.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

M. M. Madrid. — Pero, usted, ¿por quién nos ha tomado? ¿Usted sabe lo que es un semanario satírico y una hoja de almanaque, y las diferencias que existen entre uno y otra?

«SED DEL CORAZÓN DOLIENTE

A Rubén Darío, en su «Margarita».

Mujercita adorable, sentimental y amena,
que me pides un rito, con tu alma y tu grito, de arte [para ti;
i no eres muy bonita, aunque de cuerpo sí,
eres salada y linda, y garbosa y plena...
¡y eres tan simpática, tan romántica... y buena!

»Y en tu vida, serás peregrina y gentil...
ideal como el cielo, juvenil como abril;
intima y bondadosa, brindarás tu encanto
con generosidad a tus amigos mil,
que te lo pagarán en pesares y llantos...»

Sigue así un rato. Las otras, *Tota pulcra* y *Augusta hembra*, están a la misma altura, que ya es decir, ¿no?...

Mar-her. Logroño. — Están bien los dibujos; pero resultan mareantes por la enorme cantidad de cosas que ha puesto usted en ellos. Procure aligerarlos para otra vez. Ernesto Polo, nuestro querido compañero, no desempeña ningún cargo en la dirección de BUEN HUMOR; su modestia le obliga a conformarse con el de asiduo colaborador.

M. L. Zaragoza. — También éste sirve. No deje de mandarnos una traducción de su firma.

L. D. Escorial. — Se publicarán los dos.

Galindo. — Estos días ha tenido usted tiempo sobrado y nos ha inundado con un chaparrón de dibujos. Publicaremos uno.

M. C. Madrid. — No ha podido usted encontrar un título más adecuado a su composición poética: *Tiempo perdido*.

Bailén, 39. Madrid. — Hombre, la única condición es que lo que nos envíe esté presentable.

Charrasco. Salamanca. — No necesitan ustedes, nuestros colaboradores espontáneos, escribirnos cartas largas e ingeniosas. Cuanto más lacónicas y más sencillas, mejor.

E. B. Barce'ona. — ¡Hombre!... ¿Otra parodia de la *Sonatina*, de Rubén?... ¡Qué cosa tan nueva!...

E. G. Valencia. — ¡Hombre, si ese cuento del león es más viejo que la Puerta de Alcalá!...

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



M. AZPIROZ

Dib. AZPIROZ. — Madrid.

— Oiga usted, *Fraulein*. ¿Es verdad que a los chicos de Alemania no los traen de París?
— ¡Oh, no! Allí los traemos de la *Chicoeslovaquia*.

Ayuntamiento de Madrid